Lucha contra el vino 5

Biblioteca DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

216

Madrid, 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

E44D

LUCHAR CONTRA EL SINO,

PRIMERA PARTE.

LA SORTIJA DEL REY.

1821-1888

Drama histórico, original, en tres actos, en verso, por Don Manuel Fernandez y Gonzalez, *para representarse en el teatro del Príncipe el año de* 1848.

INTERLOCUTORES.

El Rey don Pedro I *de Castilla.*
El Conde de Trastamara.
Mosen Pero Carrillo.
Doña Maria de Padilla.
Doña Aldonza Coronel.
Juan Diente, *ballestero del Rey.*
Rodrigo Diaz Albarracin, *id.*
Comparsa de ballesteros.

La accion pasa en Sevilla la noche del 28 de mayo de 1358 en una armeria contigua al convento de Santa Clara.

ACTO PRIMERO.

ALDONZA CORONEL.

Una fragua á la izquierda del fondo y un yunque junto à ella: algunos arneses completos colgados de los muros entre haces de picas, espadas y armas de la época; un cuadro que representa á San Miguel al frente, y sirve de puerta á una entrada secreta; debajo de él una mesa, y junto á ella un escabel; puertas laterales, de entrada la de la izquierda y de paso al interior la de la derecha; sitiales humildes, etc.

ESCENA PRIMERA.

Permanece solitaria un momento, y se escuchan muy cerca las once de la noche; el cuadro se abre, y aparece tras él *doña Aldonza Coronel* con tocas, y una lámpara encendida en la mano; tras el cuadro se vé el interior de un claustro, iluminado opácamente por la luna, que se vislumbra á través de un arco godo. *Doña Aldonza* cierra, desciende á la escena, la examina cual si desease encontrar á alguno, deja la lámpara sobre el yunque y dice.

No ha venido, y ya es la hora.
¡Cuánto la venganza tarda,
para el que ansioso la aguarda
y ultrage sangriento llora!
Tampoco vino don Juan
á soñar con sus amores;
si, á soñar, porque son flores
que al fin se marchitarán.
Y yo imprudente.... ¿Mas quién?

ESCENA II.

Pero Carrillo ha entrado por la puerta de la izquierda embozado; cierra con la llave que ha abierto, deja la capa y el sombrero quedando en trage de pechero de la época, y se dirije á *doña Aldonza.*

Pero. Dejad el miedo; soy yo.
¿Fuisteis al alcázar?
Ald. No.
Pero. Por acaso hicisteis bien.
Ald. Temi que el Rey enojado
no escuchase mi querella.
Pero. Vano temor; sois muy bella
y el Rey muy enamorado.
A propósito de amor:
¿ha venido el encubierto?
Ald. ¿Sabeis algo? (*con interés.*)

PERO. Nada cierto,
mas sospecho....
ALD. ¿Qué?
PERO. Un traidor.
ALD. ¡Un traidor! Tal, no le creo.
PERO. Tendreis razones.... (*con intencion.*)
ALD. Quizá.
PERO. Sin duda, secretos....
ALD. (*con coqueteria.*) ¡Quiá!
PERO. Mas secretos que preveo:
¿amores os dijo?
ALD. Si.
PERO. ¿Y los aceptásteis? (*en reconvencion.*)
ALD. (*con dignidad.*) No.
PERO. Persistirá....
ALD. Tambien yo.
PERO. Hareis bien; estorba aqui.
Ademas, me dá cuidado
tan asidua su presencia,
y mirarle en su insolencia
hasta el sombrero embozado.
Y de esta noche no pasa;
ó me revela quién es,
ó las huellas de sus pies
no fija mas en mi casa.
Algunas veces sospecho
que es el Rey, y en el recelo
siento el corazon de hielo
aterido bajo el pecho;
mas que deliro comprendo
cuando le miro tenaz,
con vos en galan solaz
amoroso departiendo.
ALD. ¡El Rey! ¿y hubiérais temor
de hallarle encerrado aqui,
cuando al delirarlo en mi
siento acrecer el furor?
¡Oh! diera mi salvacion
porque al cabo cara á cara,
en su rabia se encontrára
la pantera ante el leon.
Porque á su capricho plugo
mi nombre está deshonrado,
y mi blason destrozado
por el hacha del verdugo.
A su filo un Coronel
sobre un tajo rindió el cuello,
y no dormiré hasta vello
sangriento á mis pies á él.
Porque con sangre se lava
ultraje que el alma hiere,
ultraje que solo muere
cuando una tumba socaba.
¡Oh! tambien por conocello
quise á sus plantas llegar,
que en mi mente á reflejar
vino de duda un destello.
Mas no es él; su rostro solo
dice amor, y mal se hermana
con la gala cortesana
de sus palabras el dolo;
que es muy apuesto don Juan,
y aunque á su amor recatada....
PERO. ¿Vuestros lazos de casada
por él enojos os dan?
ALD. Mordaz y sin ocasion
hechais mi decoro á pique.
PERO. ¿Y cómo poner un dique
si delira, al corazon?
Asi pensais las mujeres:
olvidais vuestra venganza
cuando la mente se lanza
tras quiméricos placeres.
ALD. Basta, que á punto llevais
vuestra burla, deshonroso;
jamás faltaré á mi esposo
y en dudarlo me ultrajais.
Y aunque de amor al acento
mi corazon se estremezca,
antes que mi honor perezca
me encerraré en un convento.
No veré mas á ese hombre
que mis amores provoca,
ni mas oireis de mi boca,
que lo olvidaré, su nombre.
PERO. Si viene habrá de salir,
que esta noche á don Enrique
aguardamos, y está á pique
de encontrarle; destruir
si puede el plan, mil venganzas
en humo se deshicieran,
cuando en Burgos nos esperan
de Francia quinientas lanzas.
ALD. ¿Me engañais?
PERO. A Du-Guesclin
Rey amigo nos envia,
cuya clara nombradia
salvó de Francia el confin,
y cien nobles de valer
que al Rey don Pedro aborrecen,
á Trastamára se ofrecen
para encumbrarlo al poder.
ALD. ¿Nos sirve el pueblo?
PERO. Menguada
el pueblo máquina es,
que se arrastra ante los pies
del que vence en la jornada.
Para doblarle á su yugo
se prestan fuerzas á un Rey,
presentarle como ley
una cuerda y un verdugo;
y si don Pedro delira
que el pueblo su trono escuda,
cuando le falte su ayuda
lamentará una mentira.
Qué nacion ¡vive Dios!
nobleza y corona al par,
y el pueblo debe quedar
para esclavo de los dos.
Mal el juego aventuró
aquese Rey justiciero,
que amparando á un zapatero
á un canónigo mató;
y con pretesto fútil
contra el clero vengativo,
mandó sepultasen vivo
otro cura de San Gil.
Sin cuenta debe baldones
á su cetro la nobleza,
y pesan en su cabeza
de Roma las maldiciones.
¡Oh! tambien me mancilló,
que lidiando junto al moro,
cual premio la banda de oro
su padre Alfonso me dió.
Pendiente de mis blasones
la vió Aragon y Castilla,
y á la guerra sin mancilla

la llevaron mis pendones.
Y ese Rey, á quien estrecho
es mas brillo que el del trono,
arrancómela en su encono
en Valladolid, del pecho.
Y he de vengarme, por Dios,
ó perecer en la lid.
(*suena un golpe en la puerta de la izquierda.*)
ALD. ¡Callad!
PERO. ¿Llamaron?
REY. (*dentro.*) Abrid.
PERO. ¡El encubierto! Abrid vos.
(*dándola una llave.*)

ESCENA III.

Entretanto que *doña Aldonza* abre, *Pero Carrillo* vá al yunque, toma una pieza de arnés y martillea en ella en faz de quien trabaja; el *Rey* entra embozado; *doña Aldonza* se sienta, y el primero, asiendo un sitial, se coloca junto á ella, dejando caer el embozo de la capa y dando la espalda á *Pero Carrillo*, que le mira con prevencion.

REY. Maese Pedro, Dios le guarde;
¿aun no dejó el trabajar?
Las once dieron
PERO. Velar
acostumbro hasta muy tarde.
REY. ¿Tanto velais? (*con intencion.*)
PERO. Es la ley
del pobre sudar á escote,
para que despues le azote
con tributo y horca el Rey.
REY. ¡Silencio! Agora en Castilla (*con imperio.*)
hablar del Rey, por igual
cuesta, al villano un dogal,
al hidalgo una cuchilla.
PERO. Doy la cuestion de barato
y dejo rodar la bola.
REY. Quisiera contigo sola (*ap. à doña Aldonza.*)
platicar, hermosa, un rato.
PERO. Ingrata empresa, el hidalgo, (*ap.*)
elejiste. (*alto.*) ¿Vuestra hacienda
está, señora, en la tienda?
(*doña Aldonza saluda al Rey y sale por la derecha.*)

ESCENA IV.

REY. Teneis olfato de galgo.
(*subiendo el embozo y dirijiéndose á Pero Carrillo.*)
PERO. ¿De veras? No lo sabia.
REY. Mas de todo estais al cabo,
y el gesto fruncis si alabo
los hechizos de Maria.
Si finjiéndome placeres
estoy su rostro mirando,
vos mis amores matando
la advertis otros quehaceres.
(*con profunda intencion.*)
¿Qué visteis que os obligára
á andar conmigo tan listo?
PERO. Pudiera jurar no he visto
si teneis, hidalgo, cara.
Pasásteis mi puerta un dia;
bruñe esa daga, digisteis:
bruñí, pagásteis, os fuisteis
y ya olvidado os habia;
cuando la noche siguiente
os vide de nuevo entrar;
nada tengo que guardar
mas que esa niña inocente.
REY. Bien finje. (*ap.*)
PERO. ¿Qué?
REY. Nada digo.
¿Y esa mujer, es de historia?
PERO. Soy tan flaco de memoria,
que....
REY. Proseguid.
PERO. Ya prosigo.
Siempre á la cara el sombrero
habeis tenido en mi casa; (*con altivez.*)
mis umbrales nadie pasa
sin descubrirse primero.
REY. Mancillé vuestro decoro, (*levantándose.*)
¿no es verdad? Tal demasia
no esperar de mi debia
un señor de banda de oro. (*se descubre.*)
PERO. ¡El Rey! (*aterrado.*)
REY. ¡Agora temblais!
Dejad la fragua, Carrillo,
que mal cuadra junto al brillo
del blason que sustentais.
¡Oh! conspirando en Castilla
por dar á un traidor mi trono,
sin temer en vuestro encono
de mi ley á la cuchilla.
PERO. ¡Señor...!
REY. ¡Silencio ante mi!
Por Dios, que sois buen espia;
solo mi vista podria
hallar la traicion aqui.
¿Para quién esos arneses?
¿Dónde estan los esforzados
que contra el Rey levantados
ostentarán sus paveses?
¡Oh! que insultásteis dormido
al poderoso leon,
y se os hiela el corazon
al escuchar su rugido.
Sé que en aquese convento,
(*señalando el cuadro de San Miguel.*)
á la sombra del altar,
hay quien osa levantar
hasta mi su pensamiento;
sé que uno de ellos sois vos,
y quiero saber de plano,
las traiciones del hermano
que me dió en sus iras Dios.
PERO. Quién os ha dicho, señor,
que don Enrique conspira,
manchó con una mentira
su vil labio de traidor.
¡No! teneis la alevosia
junto al trono, Rey de España;
el de Alburquerque os engaña,
os vende doña Maria.
REY. Que estais con el Rey hablando
meditad, Pero Carrillo.
PERO. Sé, don Pedro, que al decillo
mi cabeza estoy jugando.
Perdonad si os ofendí,
siempre os fui fiel.
REY. Como ahora;
mas no he venido en mal hora
á perder el tiempo aqui;
ó los nombres me decis
de aquesa turba insensata,
ó como don Pedro trata
os mostraré, á quien servis.
PERO. Si á la muerte por temor

un solo nombre os digera,
como un villano mintiera.
REY. Envidio tal servidor. (*llamando.*)
¡Juan Diente!

ESCENA V.

El *Rey* vá à la puerta de la izquierda y la abre: *Juan Diente* aparece en ella armado con una maza, seguido de tres ballesteros con tabardos encarnados, donde se ven las armas de Castilla sobre armaduras de peon.

REY. Cumple tu oficio.
Este hidalgo ha de morir.
(*señalando á Pero Carrillo.*)
PERO. ¡Señor!
REY. A veros gemir
no vine; con vos propicio
me hallaréis, si con verdad
lo que me cumple os escucho.
PERO. ¡Don Enrique! Os debo mucho, (*resignado.*)
mas no tanto.
REY. ¡Despejad! (*á los ballesteros.*)
(*Juan Diente sale por la izquierda acompañado de los tres.*)

ESCENA VI.

PERO. Direis, señor, que á vuestro hermano vendo;
que hidalgo malnacido
vuestro furor temiendo,
mancillo mi blason, dando al olvido
que es de buenos morir antes que aleve
falte el labio al sigilo prometido.
REY. ¿Paciencia por demas, pensais, Carrillo,
qué tengo yo para escuchar sandeces?
Acabad de una vez, que ya me enojan
y estoy del sufrimiento hasta las heces.
¿Dónde mi hermano está?
PERO. Dentro Sevilla.
REY. ¿Su posada?
PERO. No sé.
REY. Tened presente
que os pregunta el monarca de Castilla.
PERO. Aqui vendrá, señor.
REY. ¿Direisme cuándo?
PERO. Esta noche.
REY. ¿Cuál hora?
PERO. A los maitines.
REY. ¿Le acompañan?
PERO. No sé.
REY. Mis ballesteros
asistirán, Carrillo, á sus motines.
¡Buenos cuenta, Castilla, caballeros!
¿Qué quieren esos nobles? Pensarian
doblar del trono el esplendente fuero,
que cobarde á temblar me obligarian
al relucir del sedicioso acero?
Sangre corrió traidora
de españoles, sin fin, y yo creia
que mi justicia pronta, aterradora,
las gradas de mi solio guardaria.
¿Lo quieren? ¡Sea!! Cuando no me quede
mas que una almena do reñir la vida,
verán allí que ante el terror no cede
acosado el leon en su guarida.
En cuanto á vos, Carrillo, aunque villano
armas buscásteis y rebelde gente
para alentar el sueño de mi hermano
vuestro nombre manchando torpemente;
de la mezquina miserable vida
merced os hago.
PERO. A vuestras plantas...
(*arrojándose á los pies del Rey.*)
REY. Luego
de mis reinos salid; siempre rendida
la voluntad no tengo al blando ruego,
y pudiéraos pesar, si entre mis garras
rebelde os torno á ver; id, y en destierro
sin patria os miren de Aragon las barras.
¡Despejad!
(*Pero Carrillo toma la capa y el sombrero y sale por la izquierda.*)

ESCENA VII.

REY. ¡Siempre sangre en mi camino!
¿Por qué, si era de abrojos,
corona al ver la luz me dió el destino?
¿Que hice yo á mis vasallos
para que asi rebeldes bajo el yugo,
que en vano es á domallos,
me obliguen á tenerlos de un verdugo?
¡Mis hermanos tambien, y la Padilla!
¡Oh! lo escuché, fingime que dormia,
y en vano, fue ilusion, porque en Castilla
siempre va es pos de mi la rebeldía.
«¡Tú morirás al hierro de un hermano!»
me dijo un nigromante, y yo dudaba;
«¡Tú serás fratricida,» un eco vano
junto á mi retumbó mientras soñaba;
y por respuesta al lúgubre anatema,
yo mataré, les dije en mis furores;
¿qué importa si funestos mi diadema
lanza al mundo de muerte resplandores?
¿No me llaman cruel? Pues bien, que sea!!
Con sangre teñiré mi régio trono,
de las traiciones la cobarde tea
con sangre vil apagaré en mi encono.
¡Juan Diente! (*llamando.*)

ESCENA VIII.

(*el ballestero entra por la puerta de la izquierda y y se inclina ante el* REY.)

DIEN. ¡Mi señor!
REY. Un ballestero
aposta de esa calle en la avenida;
entrar puede villano ó caballero
libremente; salir... ¡nadie con vida!
DIEN. Asi será.
REY. Sobre la maza alerta,
pronto á mi voz, desecha el importuno
sueño, y aguarda oculto tras la puerta.
El rey sube á la mesa, abre la puerta secreta, entra y torna á cerrar.)

ESCENA IX.

DIEN. ¡Ay si á tu paso se interpone alguno!
Sangre barrunto: caiga el desdichado
á quien señale su ademan altivo;
si el dueño manda en su venganza airado,
callar y obedecer es del cautivo.

ESCENA X.

DOÑA ALDONZA *aparece en la puerta de la derecha.*

DIEN. ¿Una muger aqui?
ALD. ¡Cielos! soldados!

¿A quién buscas?
Dien. (*con aspereza.*) No sé.
Ald. ¿Por quién viniste?
Dien. No sé.
Ald. (Me hace temblar; ¡ah! ¡desdichados!)
¿Eres del rey ó el conde?
Dien. No sé.
Ald. Ay! triste!
(*dirijiéndose á la puerta de la izquierda.*)
Dien. De aqui no heis de salir! Atrás os digo!
(*poniéndose entre ella y la puerta.*)
Ald. ¿Quién tal os ordenó?
Dien. No sé.
Ald. De acero
debeis tener el alma.
Dien. (*saliendo por la izquierda.*) ¡Por castigo!

ESCENA XI.

Ald. ¡Tiene el semblante de fatal agüero!
Y sale, y á mi agonia
por consuelo solo deja,
el horroroso recuerdo
de su mirada siniestra.
«¡No sé!» pronuncian sus lábios
á mi queja por respuesta,
y otro «¡No sé!» me devuelve
y aterrándome se aleja.
¿Quién ha traido á ese hombre?
¿En dónde don Juan se encuentra?
¿Qué fue de Pero Carrillo?
¡Bien mi venganza se apresta!
¡Don Enrique!
(El cuadro se abre y aparece el rey que desciende en silencio y se coloca trás de doña Aldonza que sigue recitando sin descubrirle.)
Ald. ¡Don Enrique!
En dónde estás? En la diestra
por qué no agitas sañudo
de tu venganza la enseña?
Cual yo de mi padre, lloras
la desastrosa tragedia,
de tu madre asesinada
por ese monarca fiera.
¿Mas qué mucho? Cual yo tiemblo
quizás receloso tiemblas,
y guardas harto una vida
que estás cubriendo de afrenta!
¡Padre mio! si á vengaros
es fuerte mi débil diestra,
de agudo puñal armada
al rey abrirá la huesa.
Rey. ¿Y qué hareis si á vuestra vista
(*adelantándose.*)
el rey don Pedro se muestra?
Ald. ¡Don Juan! (*con alegria.*)
Rey. (*ap.*) Y yo la buscaba
en lo oscuro de las celdas!
Ald. ¿Venis á salvarme?
Rey. ¿Cómo?
¿Maria, la pobre huérfana,
tiene enemigos?
Ald. Don Juan
perdonadme si mi lengua
os engañó; no cual veis
aquesta saya grosera
siempre he vestido, que noble
es la sangre que me alienta;
perdonad si á vuestro amor
engañé.
Rey. ¡Frase hechicera!
¿Con qué me amais? Sonrojada
bajais la linda cabeza,
y esos humos de venganza
al aire deshechos vuelan?
Tambien de mi triste mente
esa palabra destierra
hondo recelo, que el rostro
cubre de negra tristeza.
¡Ah! no sabeis cuanto al alma
esa palabra consuela,
cuando el corazon suspira
porque guarda cruda pena;
pues bien; soñando gocemos
aunque al despertar horrenda,
nuestro amor apostrofando
se muestre vision sangrienta.
Ald. ¡Soñar, soñar en amores
cuando el pensamiento aquejan
hondas heridas de agravios
que en una tumba penetran!
No ya mas entre las sombras
mi nombre oculto se vea.
Doña Aldonza Coronel
en Castilla rica-fembra,
soy, don Juan, á quien el ansia
de vengarse, en la llaneza
de la plebe confundió;
no mas esa turba necia
me cuente entre sus iguales
ni mas nuestro amor padezca;
tengo castillos orlados
de fortísimas almenas,
hombres de armas en sus cuadras
y en sus retretes doncellas.
Venid conmigo, don Juan;
alli placeres sin cuenta
gozaremos adormidos
por fantásticas leyendas,
que cantarán trovadores
al compás de cien vihuelas,
cuando la venganza mia
hareis que estalle tremenda,
y caiga, roto en pedazos,
un trono que nos afrenta.
Rey. Amadme, mas no á tal precio;
¿no os fuera, decid, vergüenza,
el dar amor por traiciones
que son á un hidalgo mengua?
¿Por qué contra el rey, aleve,
quereis que sus armas vuelva?
¿Qué os hizo don Pedro, al cabo
que os obligue á tal empresa?
Ald. Mi padre...
Rey. Murió, lo sé,
sobre un tajo con afrenta,
que la ley á todos hiere
en su rigor justiciera.
Perdonáralo don Pedro,
y muy pronto cruda guerra
en la impunidad fiando
alzára la faz sangrienta.
Olvidad vuestra venganza
que en aleve dejenera;
dejad vuestros hombres de armas
velando en paz las almenas
de vuestros fuertes castillos,
ó ¡por Dios! pendientes de ellas
los he de ver por villanos

de los cuervos para presa.
ALD. ¡Don Juan! (*sorprendida.*)
REY. Perdonad, Aldonza,
si al amaros, encubierta
cubrí, por no deslumbraros,
mi soberbia estirpe régia
Don Pedro soy de Castilla,
que os perdona, Aldonza bella,
y os dá de amor pleitesia
de su palabra por prenda.
ALD. (*retrocediendo.*) ¡Rayos del cielo! ¡era el rey!
REY. ¿Por qué vuestro pecho tiembla?
¿Por qué del terror el llanto
medroso el párpado muestra?
ALD. ¿Y por qué el tigre se cubre
con cándida piel de oveja,
si un rastro muestra de luto
al fin su sangrienta huella?
¡Dejadme! Vuestros amores
á una tumba son ofensa,
y no al amor, al verdugo
pertenece mi cabeza
¡Rey don Pedro! al fin nos vemos
sin antifaz que nos venda;
vos ante mi receloso,
yo de venganza sedienta.
REY. Por Dios, que en vuestros enojos
estais, la Aldonza, hechicera.
ALD. ¡Verguenza para mi raza
(*sacando un pequeño puñal de entre las ropas.*)
si este puñal no me venga.
REY. (*impasible.*) ¡Herid!
ALD. (*cayendo á sus pies.*) ¡Ah! ¡perdon! perdon!
REY. ¡Dudais, y sin resistencia
de vuestra cólera aguardo
á que estalle la tormenta!
Alzad, Aldonza, y por Dios
no comprimais mi paciencia,
que entre compasion y enojo
está su balanza incierta.
¡Pobre niña! te comprendo;
quizá tu razon inquieta,
amor respira y venganza
y á cual atender no acierta.
Escucha, tambien fluctuo
en incertidumbre acerva,
cuando miro á mis hermanos
hacerme terrible guerra.
Y yo les he dado honores,
yo les colmé de riquezas;
conde en Castilla es Enrique;
de Santiago la encomienda
á don Fadrique obedece;
de Vizcaya y de su tierra
señor es don Tello; y bien,
¿con qué mi amor recompensan?
Entre el pueblo me calumnian,
seducen á la nobleza,
y ambiciosos se reparten
el oro de mi diadema;
yo mi perdon les ofrezco,
y soberbios le desprecian,
pues bien; si agora á mis brazos
arrepentidos vinieran,
y no les temo ¡por Cristo!
olvidára sus ofensas.
Aquesto don Pedro haria
que sin fin agravios cuenta,
y ¿cuándo ante vos se humilla
su inalterable soberbia;
el puñal de las traiciones
dais á su amor por respuesta? (*pausa.*)
Alzad la vista y miradme,
si hacerlo no os cuesta pena.
¿Sangre os espanta en mi frente
que infausto destino quema,
que al nacer meció mi cuna
y me sigue y no me deja?
¡Ah! la maldicion del mundo
sobre mi cóncaba huesa
traerán rodando los siglos
y mi nombre será befa;
y dirá la necia plebe
en su maldiciente lengua:
fue asesino, fratricida,
no hubo en sus reinos doncella
bien guardada tras cerrojos,
ni llave bastante recia
que estorbase á su rapiña
del vasallo la riqueza.
¡Y mentirán por Dios vivo!
¡Y soñará el que lo crea!
Ambiciosos á mi lado
do quiera mi vista encuentra,
ó reptiles que me adulen
ó villanos que me vendan.
Amor respiro y gastada
solo encuentro una manceba
que, ó suspira en el hastio
ó al par de la horgia sueña.
Hallé una muger; Maria
se llamaba, humilde gerga
su esbelto talle velaba,
el brillo de la inocencia
mostraban sus negros ojos
y era su voz de sirena;
la hallé buscando motines
en mi vida aventurera,
la amé, y deliré á su lado
una plácida existencia.
Cuando del trono cansado,
me dije, la noche estienda
sus alas, soñando amores
iré recatado á verla;
y vendrá noche tras noche
envuelta en oscura niebla,
á disipar de mi sino
la maldecida influencia.
Fué mentira; la que pura
soñé, funesta belleza,
erais vos, Aldonza mia,
vos, de mi sangre sedienta.
ALD. ¡Señor!
REY. ¿No es verdad que es
harto menguada mi estrella?
¡Callais, y doblais la frente!
¡Aldonza! (*asiéndola una mano.*)
Tu mano tiembla!
Sígueme, tengo un Alcázar
dó serás altiva reina,
donde pisarás de plata
cien alfombras arabescas.
Allí hay jardines dó el alma
adormida se embelesa,
donde el rayo de la luna
sobre las fuentes riela,
cuando la noche callada
sus negras alas despliega.

Oh! ven conmigo...!
Ald. Tened
compasion de mi flaqueza,
y no á un abismo de infamia
querais arrojarme ciega.
Bien pude amar á don Juan,
mas elévase funesta
entre el rey y doña Aldonza
tinta en sangre una barrera.
¡Tened compasion de mi!
(*se oye cerca el toque de maitines.*)
Rey. ¡Ah! ¡los maitines! Aquesa
es la señal;
(*yendo á la puerta de la izquierda y abriéndola.*)
en la calle
se vé gente que se acerca.
(*ase de una mano á doña Aldonza y la señala la puerta de la derecha.*)
¡Aldonza! entrad á esa estancia
y ¡ay de vos si hablais siquiera!
(*Doña Aldonza entra, el rey ase un sitial, le retira al fondo y se sienta encubierto con la capa.*)

ESCENA XIII.

El *Conde de Trastamara* armado de punta en blanco entra por la izquierda envuelto en un tabardo carmesi y examina la escena.

Con. (Nadie!) Que os guarde Dios el buen Carrillo.
(*al rey.*)
¿En dónde están mis gentes?
Rey. (*inmóvil.*) Te vendieron;
de mi poder al deslumbrante brillo,
esclavos viles, á la muerte huyeron.
Con. ¿Quién eres tú, fatídico encubierto?
¿quién te puso, mal hora, en mi camino?
Amigo ó enemigo, descubierto
quiero tu rostro ver.
Rey. (*levantándose y descubriéndose.*) Y tu destino.
Con. ¡Ah traidor! (*empuñando.*)
Rey. ¡Bien por Dios el Trastamára!
¿Tal esperar debiera de un hermano?
¡Un insulto me lanzas á la cara,
y empuñas contra mi hierro villano!
Deja la espada; Enrique, mengua fuera,
infame accion cruzarla con la mia;
un hombre mismo el existir nos diera,
un duelo entre los dos crimen seria.
¿Qué te hice yo?
Con. La tumba de mi madre,
Don Pedro, ¿quién la abrió?
Rey. Los sediciosos
siempre encuentran disculpa que les cuadre.
Contra mi se ostentaron alevosos
de tu rebelde madre los castillos;
contra mi hueste al levantar bandera
en faz de guerra alzaron sus rastrillos,
de amenaza y baldon en la manera.
La madre delinquiendo halló la muerte,
pero su hijos inocentes eran;
yo les abri las puertas de la suerte
para que al fin, en pago, me vendieran;
con mengua de las armas de Castilla
el soldado francés holló su tierra,
á saco, por delante la cuchilla,
á sangre y fuego declaró la guerra.
Miraron de sus campos los vergeles
y se dijeron: ¡al pillaje vamos!!
la sien no ceñiremos de laureles,
mas nada importa si riqueza hallamos.
Como nos plazca les daremos reyes,
pondremos á su ejército librea;
¡si resisten!... sangrientas nuestras leyes
tomarán en sus campos de pelea.
Y al frente de la turba de bandidos
iba el noble señor de Trastamára,
rey de farsa, que alzaron atrevidos,
nobleza infame de rapiña avara.
Y los nobles hidalgos castellanos
que á su rey y á su patria no vendieron
tras mi pendon, las picas en las manos
á Trastamára y Du-Glesquin vencieron;
y las lises de Francia allí quedaron
sobre la roja arena destrozadas,
y al pasar, con desprecio las pisaron
de mis fuertes hidalgos las mesnadas.
¡Otra vez viene Francia! ¡mal nacida!
la nobleza otra vez muestra el acero!!
¡Ay del que juegue contra mi su vida!
¡Ay del que insulte de mi trono el fuero!
Y... están en mi poder! De un golpe solo
puedo en mis reinos acabar la guerra;
la gente vil que me circunda en dolo
de Castilla, purgar en la ancha tierra.
Una palabra y tu cabeza rueda,
¡una no mas!! y duermes en la fosa,
ni ya esperanza ni poder te queda
y justa fuera en mi tan negra cosa.
Es en vano acaricies el acero
y me mires con gesto tan bravío;
generoso un egemplo darte quiero
perdonándote al fin, hermano mio.
Mas escucha de paz las condiciones
que á tu traicion opone mi grandeza,
cuando á tu rey, sacrilego, propones
un juego de cabeza por cabeza:
las aves de rapiña que salieron
á tu voz del revuelto Pirineo,
á sus nidos irán como vinieron
sin llevar de mis pueblos el saqueo;
los nobles que mi ley abandonaron
en destierro saldrán á estraña tierra;
los blasones que torpes mancillaron
mis despojos serán en buena guerra.
Y tú me rendirás pleito homenage
rico-home y señor de horca y cuchillo,
irá tras mi linage tu linage
y serás de mi ejército caudillo.
Feudos tendrás, riquezas y pendones,
en paz y en guerra pagarás soldada
á escuderos, ginetes y peones,
y en mi alcázar habrás régia morada.
Eres hijo de rey, hermano mio,
y así á mi amor le cumple y á mi orgullo;
pesa en tu mente si el monarca impío
te dá un castigo igual al rencor tuyo.
Con. ¿Acabaste, don Pedro? Todavia
no te queda olvidado algun ultrage?
¡Generoso anduvistes á fe mia
en comprarme un villano vasallage!
¡Yo á tu lado vivir! ¡servil rodilla
doblar ante tu faz! ¡la noble frente
cubrir con una marca de mancilla!
¡Oh! fue un sueño, y por Dios, harto demente.
¡Cabeza por cabeza.!! tú lo has dicho;
hemos jugado suerte contra suerte,
que media en nuestra vida un entredicho
que solo se termina con la muerte.

¡Sangre, sangre y no mas! Solos estamos,
de igual á igual, iguales los aceros,
y si mas en las vainas los dejamos
no son espadas ya de caballeros.
(*desnudando la espada.*)
Defiéndete, villano, mal nacido;
quien te escupe á la cara no es tu hermano,
es el hijo que llora dolorido
de su madre infeliz el fin temprano.
REY. ¡Trastamára!!! (*con furor reprimido.*)
CON. ¡Cobarde! ¿y tú blasonas
de hidalgo, de leal y de valiente,
y con diadema sin pudor coronas
rey deshonrado, la manchada frente?
¡De rodillas, esclavo!
REY. ¡Cómo! ¡infame!
¿Y asi á tu rey y á tu señor te atreves?
Sangre ¡insensato!! quieres se derrame?
De esa sangre ante Dios la cuenta debes.
A muerte.
(*Desnuda la espada y acomete al conde; un momento de combate.*)

ESCENA XIV.

DOÑA ALDONZA *sale por la derecha y se interpone á los dos.*

ALD. ¡Ah, no sigais! esto es impío.
REY. Apartad, doña Aldonza
ALD. ¡Por el cielo,
herid antes, señor, el pecho mio.
¡Fratricidas los dos! ¡horrible duelo!
CON. Seguidme, rey don Pedro; en campo abierto
(*dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*)
finaremos la lucha comenzada,
vida por vida el que sucumba muerto;
faz por faz ¡una sola coronada!
(*llega á la puerta.*)

ESCENA XV.

JUAN DIENTE *sale trás ella con tres ballesteros.*

DIEN. ¡Atrás!
CON. (*al rey.*) ¡Y esto es hidalgo! y es cumplido!
REY. ¡Que os perdeis, don Enrique!
(*ap. al conde.*)
CON. (*gritando.*) Sin decoro
siempre asesino y vil!
REY. Tú lo has querido.
Conducidle. (*á los ballesteros.*)
DIEN. ¡Señor...!
REY. Torre del Oro.
(*el conde arroja una mirada de desprecio al rey y sale por la izquierda entre los ballesteros.*)

ESCENA XVI.

ALD. ¡Oh! ¡perdon para él! Es vuestro hermano!
REY. Mi enemigo tambien; de él no me hableis.
Aldonza, su destino está en mi mano.
Sola estais en el mundo sin mi ayuda;
¿me seguis?
ALD. ¡Ah señor! (*vacilante.*)
REY. Será dichosa
mi suerte si cedeis.
ALD. (Mi amor le escuda.)
(*asiendo el brazo del rey y siguiéndole.*)
REY. (Dos traidores cogi.) Vamos, hermosa.
(*salen por la izquierda.*)

ESCENA XVII.

El cuadro del fondo se abre y aparecen trás él DOÑA MARIA DE PADILLA *y* RODRIGO DIAZ ALBARRACIN.

MARIA. De esa muger que salió
sigue, Rodrigo, la huella,
y no te separes de ella
hasta saber donde entró.
(*Rodrigo baja á la escena, sale por la izquierda, y doña Maria desaparece tras el cuadro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA TORRE DEL ORO.

INTERLOCUTORES.

EL REY DON PEDRO.
EL CONDE DE TRASTAMARA.
GUTIER, *doncel del Rey.*
UN EMBAJADOR DE FRANCIA.
DOÑA MARIA DE PADILLA.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
JUAN DIENTE.
RODRIGO DIAZ ALBARRACIN.
Un centinela.
Donceles castellanos, hombres de armas, franceses.

La accion pasa en Sevilla, en la torre del Oro, al amanecer del dia 29 de mayo de 1358.

Estancia octógona de órden árabe: al fondo una gran puerta ogiva que conduce á las almenas, á través de la cual deberá verse al amanecer el rio Guadalquivir, el puente de barcas y la giralda; puertas laterales forradas de hierro; una mesa tosca, sitiales de baqueta; cuerdas, armas y prisiones colgadas de los muros.

ESCENA PRIMERA.

Juan Diente con una linterna encendida, en trage de ballestero de la época, con un haz de llaves pendiente del puñal, entra por la puerta del fondo seguido de *Rodrigo Diaz Albarracin.*

DIEN. Aqui ya puedes hablar.
¿Vienes por órden del Rey
á decirme que en los hombros
de su hermano no está bien
la cabeza?
ROD. No por cierto.
DIEN. ¿Será que por esta vez
se ha vuelto el lobo ermitaño,
y quiere que suelta dé
á su enemigo?
ROD. Tampoco;
por órden de una mujer
aqui vengo, y este sello....
(*muestra á Juan Diente un pergamino.*)
DIEN. De S. A. el sello es: (*tomándolo.*)
le conozco por desdicha;
esta es la primera vez
que le miro sin que venga
de negra sentencia al pie;
por cada vez que le he visto

cuento un recuerdo cruel,
que siempre de sangre rojo
á su dueño lo entregué.
(*leyendo en el pergamino.*)
«Cuando el lucero del alba
»nazca marcando las tres,
»junto á la torre del Oro
»llegar, alcaide, vereis
»una barca, que conduce
»en su seno á una mujer;
»bajad, entonce el rastrillo,
»y sin inquirir quién es,
»ciega obediencia en la torre
»cual á mi la rendireis.
»Fecho en nuestro alcázar real
»á veintinueve del mes
»de mayo, de mil trescientos
»cincuenta y ocho.=Yo el Rey.»
(*guarda el pergamino.*)
Que venga cuando le plazca;
¿y no pudiste entender
quién es la dama?

Rod. Yo entiendo
que ciegos y mudos ser,
dispuestos á lo que mande
el Rey, nuestro oficio es.
Nos pagan, y no me incumbe
el pensar si mal ó bien.

Dien. Tienes razon. ¿Do anduviste
esta noche?

Rod. No lo sé.
¿Y tú?

Dien. Cazando rebeldes,
que fácil caza no es;
y aunque mereces que fuera,
imitando tu esquivéz,
tan callado como tú,
¿Albarracin, sabes quien
me dió á guardar estas llaves?

Rod. El que pudo debió ser;
si me lo revelas....

Dien. ¡Ola!
Albarracin!... No lo sé.
Si duro lecho no place
al ballestero tener,
venga, le abriré la puerta
y déjeme en paz.

Centinela. ¡Las tres! (*dentro gritando.*)

Dien. Y por Dios, que son cumplidos;
(*yendo á las almenas.*)
junto á la torre se vé
la barca; si sales, vamos.

Rod. El quedar estame bien.
(*Juan Diente sale por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

Rod. La suerte está echada;
si juego por mal
me cuelgan; si escapo
no ya mas verá
mi vista un cadáver
al par de un puñal.
(*se oyen rechinar cadenas.*)
Ya cruje el rastrillo;
medroso á temblar
el pecho comienza;
si el Rey.... ¡voto vá!!...
¿Rodrigo cobarde?
¡Jamás! Ahi estan.

ESCENA III.

Juan Diente guiando á *doña Maria de Padilla* que entra cubierta con un manto; *Rodrigo* se descubre y la presenta un sitial.

Rod. Que Dios os bendiga;
Señora, asentad.

Dien. Dispenseis os ruego
si no es muy galan,
la dama encubierta,
pediros la faz,
que en estas prisiones
no podeis velar.
Asi el Rey lo quiere....

Maria. Dispensado estais (*descubriéndose.*)

Dien. (¡Aqui la Padilla! (*id.*)
¿qué vendrá á buscar?)

Maria. Habreis recibido....

Dien. Con el sello real,
órden que en la torre
posesion os dá;
estas son las llaves,
abrir y cerrar
podeis libremente.

Maria. Decid, ¿dónde estan
dos presos que anoche
trageron?

Dien. Quizá
el Conde....

Maria. Anúnciasle
que le espero.

Dien. (*con malicia.*) (¡Ya!!!)
(*abre la puerta de la izquierda y entra.*)

ESCENA IV.

Maria. Toma, Rodrigo! (*dándole una bolsa.*)

Rod. ¡Es oro!

Maria. Con su ayuda
al Conde salvarás.

Rod. Y do señora
os aguarda un bagel; la noche muda
guarda aun de sombra y de silencio un hora.

Maria. Dentro la barca que me trajo espera,
y al ocultarse la espirante luna
de la torre saldrá; tierra estranjera
le salvará al rigor de su fortuna.
¡Rodrigo, adios!

Rod. Señora, él os proteja;
y si os debe un recuerdo tanta pena,
habrá consuelo el infeliz que deja
sus playas mendigando en tierra agena.
(*sale por el fondo.*)

ESCENA V.

Maria. ¡Consuelos dar el que infelice llora!
¡Calmar dolores quien dolores gime!
En mi dicha era ayer Reina y señora
y en celos hoy el corazon se oprime.
¡Por otra mi cariño desdeñado!
¡á otra mujer mi porvenir vendido!
¡ira de Dios, el Rey! ¡mal has jugado
si mi venganza echaste en el olvido!
Al débil resplandor de la alvorada
aqui vendrás en busca del hermano,
y en la oscura prision abandonada

la noble presa llamarás en vano.
Correrás receloso al gabinete
donde guardas, don Pedro, tus amores,
y al levantar el oriental tapete
desierto le verás en tus furores,
y temblará la grey envilecida
de tus miradas tus sentencias viendo,
y entonces, como sombra maldecida,
me verás tu dolor escarneciendo.

ESCENA VI.

EL CONDE DE TRASTAMARA *aparece en la puerta de la izquierda;* JUAN DIENTE *la cierra y sale por el fondo.*

MARIA. ¡Ah! Don Enrique, acercad.
(*viendo al Conde.*)
Sin duda que mi venida
os estraña, ¿no es verdad?
CON. Señora, siempre á mi vida
siguió la fatalidad.
Nunca esperé de contento
cumplido, gozar un hora;
¿se engañó mi pensamiento,
ó dulce ensueño me miento
aunque os contemplo, señora?
Cuando de la muerte via
el semblante aterrador,
entre la niebla sombria
os contemplo angel de amor
á consolar mi agonia.
MARIA. ¡Angel! galante por Dios
y sin ocasion estais;
nos interesa á los dos
la venganza, si os salvais,
á mi, la existencia á vos.
No me interrumpais; acaso
es el tiempo harto precioso,
la luna toca al ocaso,
y el crepúsculo medroso
se abre entre las sombras paso.
Por salvaros, el furor
de don Pedro desafio;
Enrique, huid.
CON. ¡Y mi honor!
MARIA. Es un fantasma sombrio
de desdichas guardador;
nombre vano que nos miente,
hijo imbécil del orgullo
que marchita nuestra frente,
que agosta en soplo ardiente
cuanto brota en torno suyo.
A su fatal oropel
no sacrifiqueis la vida,
que no es un cobarde aquel
que de una muerte cruel
se liberta con la huida.
CON. ¿Y mi venganza, Maria?
MARIA. ¡Conde! la lengua tened
que ya toca en demasia,
y el conspirar, villania
en un hidalgo, entended.
Decid que vuestra ambicion,
y perdonad mi lenguage,
os impelió á la traicion,
porque es, mirado en razon,
de vuestra parte el ultraje;
decid que os place mirar
ante vos servil rodilla,
que habeis llegado á soñar,
lo que es don Pedro en Castilla
alguna vez alcanzar.
No ya la disculpa añeja
de vuestra madre os abona,
ni su recuerdo os aqueja;
el ensueño que no os deja
es de Rey, una corona.
Y tras él corriendo en vano
os digisteis: Rey seré;
nada importa si es mi hermano,
con el puñal en la mano
su corona arrancaré.
Y luchásteis, y vencido
estais; y aun quereis venganza...!
Ved que ya es amanecido,
y cada instante perdido
vale, Conde, una esperanza.
CON. Decis verdad: deliré;
hay porvenir en la vida,
cuando en la muerte pensé
que es la fortuna, olvidé
dama á caprichos vendida.
¡Ah! vivir es la esperanza
de la muerte mas allá,
si algo en la tumba se alcanza
es una estéril venganza
que viene muy tarde ya.
MARIA. Os guarda el Guadalquivir
de la Francia un galeon;
hora es, Conde, de partir,
puede don Pedro venir
y entonces no hay salvacion.
Alcaide. (*llamando.*)

ESCENA VII.

JUAN DIENTE *por el fondo.*

DIEN. ¡Señora!
MARIA. Id
con el Conde. (Abajo espera (*al Conde.*)
una barca.) Adios, partid.
CON. Dios recompensaros quiera.
MARIA. (Que nos escuchan.) ¡Salid!
(*el Conde y Juan Diente salen por el fondo; poco despues se oyen crujir las cadenas del rastrillo.*)

ESCENA VIII.

MARIA. Ya mi venganza comienza.
¡Oh! cuál su furor será,
cuando en busca de su presa
atroz pensando un suplicio
en alas del odio venga.
¡Cuánto tarda ese villano!
quizá descuidado duerma
bajo las llaves que guarda
esa funesta belleza;
quizás agora en su triunfo
y en mis lágrimas ensueña.
¡Oh! el despertar será horrible
cuanto la ilusion es bella:
en vez de placer y amores
tendrá solitaria celda;
en vez de galantes trovas
un recuerdo de vergüenza.

ESCENA IX.

JUAN DIENTE *por el fondo.*

DIEN. ¿Mi señora?

MARIA. ¿Ya partieron?
DIEN. La proa á San Lucar reman.
MARIA. ¿Do guardais esa mujer?
DIEN. En esa cuadra frontera.
MARIA. La llave.
DIEN. Tomad.
MARIA. Salid.
(*Juan Diente sale por el fondo.*)

ESCENA X.

MARIA. ¡Oh, y cómo mi mano tiembla!
(*vá á la puerta de la derecha y pone la llave.*)
Ya se abrió. ¿La hermosa dama? (*llamando.*)

ESCENA XI.

ALD. ¿Quién me ha llamado? (*dentro.*)
MARIA. El que espera.
ALD. ¡Señor! (*saliendo por la derecha*)
MARIA. ¡Pensábais en él!
ALD. ¡No es el Rey!
MARIA. Soy vuestra dueña,
que es solitaria esta torre
y don Pedro, que se precia
de galan, y que ni un punto
del pensamiento os destierra,
para haceros compañia,
á vos que sois su existencia,
me ha destinado. Asentad.
ALD. (¡Todo lo sabe! ¡oh vergüenza!)
Decid al Rey que agradezco
en estremo su fineza,
y que nunca es solitaria
con amores la existencia.
MARIA. ¡Tanto amais!
ALD. Cómo no amarle
con su mirada, que quema,
con sus palabras, que henchidas
de pasion al alma llegan?
¿Quién á su alhago resiste?
MARIA. ¡Ni al brillo de su diadema!
Cuando entre rubios cabellos
una corona se muestra,
cuando de amor la sonrisa
el labio de un Rey ostenta,
no hay mujer, al percibirla,
por recatada que sea,
que al orgullo no se rinda
ó á la ambicion no se venda.
ALD. ¡Ese lenguage!
MARIA. ¿Os estraña,
no es verdad, en una dueña?
¿No visteis en mi semblante
alguna espresion siniestra,
y de mis cárdenos lábios
lo convulso, no os aterra?
¿No pensasteis al mirarme,
esta mujer me detesta?
ALD. ¡Dios mio!
(*dirijiéndose á la puerta de la derecha.*)
MARIA. No, no os ireis; (*deteniéndola.*)
vine aqui de celos llena
á insultaros nada mas.
¡Oh! ¡por Dios que sois muy bella!
y ostentais en el semblante
tal candor, tanta pureza,
que nadie sospecharia
tras su encanto una manceba.
ALD. ¡Una manceba digisteis!
Sellad la villana lengua;
¿de esas palabras infames
en dónde teneis la prueba?
¿Quién tal os dijo, mujer?
¿quién sois vos?
MARIA. ¡Otra manceba!
ALD. ¿Y con título tan bello
cual una marca de afrenta,
me echais, del Rey, á la cara
el amor que me avergüenza?
Sin duda sois la que ocupa
el tálamo de una Reina,
la que adúlteros amores
con escándalo fomenta;
la ambiciosa cortesana
que quizás un trono sueña,
¡y de una mujer vendida,
engañada por la fuerza,
á una prision arrastrada,
en trama infernal envuelta,
con insolencia fijais
en la mirada la vuestra!
¡Oh! ¡confesad que es horrible
insultar á la impotencia!
MARIA. ¡Impotencia! ¡hipocresia!
Mal la memoria se presta
á olvidarlo; yo le adoro,
digisteis, la torpe lengua
de amores habló liviana
en presencia de la dueña.
Si vos le amais, yo tambien;
si llama adúltera alienta
mi corazon, en el vuestro
la misma llama se ceba;
Alvar Perez de Guzman,
vuestro marido, que en tierras
de Aragon, por desleal
lejos de Castilla alienta,
el hombre que os dió su honor
y entre las santas doncellas
de Dios esposas, os cree;
doña Aldonza, ¿qué digerá
al saber que en sus blasones
arrojais mancha tan negra?
Yo soy libre; de mi vida
á Dios solo debo cuenta;
su amor es mi porvenir,
por él mi fama se encuentra
sin decoro mancillada,
escarnio de la nobleza;
hijos bastardos un dia
llegarán sobre mi huesa
y pedirme un nombre honrado
que su desdicha les niega;
¡y le amais! ¡tan retirada
vivis que á noticia vuestra
no llegó de la Padilla
la historia que el vulgo cuenta,
ó quizás en vuestro orgullo
os digisteis: como ella
de doña Blanca triunfó
yo triunfaré? ¡Fuisteis necia!!
¡Oh! dejadme! ¡vuestra calma,
Aldonza, me desespera;
¡dejadme que á vuestro lado,
ardiendo, mi sangre quema!
Aqui vendrá... ¿no es verdad?
Que sois hermosa, hechicera,

os habrá dicho; que solo
á vuestro lado contenta
es su vida; que en su alcázar
y en su corazon la Reina
siempre sereis... ¡ah! cerrad
oidos á sus promesas,
ni de su alhago os pagueis,
ni su llanto os enternezca,
que de su amor tras la llama
solo encontrareis pavesas.
Tambien suspiró á mi lado;
tambien esas frases bellas
que os ha dicho, yo escuché;
bajo su dulce influencia
pasé la vida soñando,
y ahora despierto,
y siniestra la realidad á mis ojos
adormidos se presenta.

ALD. ¡Oh! perdonadme si amores
me dijo; no sus promesas,
señora, me deslumbraron,
que á saber yo que el Rey era,
quizá llorarais su muerte
pero no su indiferencia.
Volved en torno la vista:
tras las murallas espesas
de esta torre, no se guardan,
cual decis, á las mancebas;
de alta traicion á los reos
aqui tan solo se albergan.

MARIA. Y bien....

ALD. Cuando yo soñaba
una venganza sangrienta,
cuando del claustro á la sombra
las noches pasaba en vela,
no presintió mi desdicha,
que tras la puerta funesta
que á retirada armeria
daba salida secreta,
la deshonra me esperaba
de aleve antifaz cubierta.
El hidalgo que de amores
me dijo sentida queja,
el que don Juan se nombraba,
el que cual pérfida hiena
de su vida receloso
holló la vivienda nuestra,
Rey encubierto, en su alhago
me fascinó; á su influencia
soñé una vida de encantos;
tambien desperté, y siniestra
la realidad á mis ojos
vi desplegarse tremenda.

MARIA. Y....

ALD. No, ¡callad! adivino esa palabra;
serena puedo levantar la frente,
sin que un sello de impureza
ante la faz del esposo
á doblegarla me venza;
bajo el hacha del verdugo
podrá poner mi cabeza,
de mis feudos y castillos
no dejar enhiesta piedra,
de la pleve á los insultos
arrojarme y á la befa,
mas.... ¡consumar mi deshonra
al imposible se eleva!

MARIA. No, no será; mi poder
os salvará á tan adversa
fortuna; de esta prision
saldreis, y oculta vivienda
del Rey os defenderá.
Perdonadme si mi lengua
pudo ofenderos, Aldonza;
soy madre, mi negra estrella
me unió al Rey cuando era niña,
y á mi pesar, aunque vea
que soy criminal, mi suerte
es amarle hasta la huesa;
vos tal vez olvidareis
aquesa pasion funesta
que no ha sancionado el crimen,
y dias quizás os restan
de ventura, al noble esposo
dejando su parte en ella.
¿Me perdonais?

ALD. ¡Ah, señora!
Si me ofendisteis, ofensas
mi lábio se permitió;
olvidadlas, que las vuestras
ya olvidé; si me salvais
mi gratitud será eterna.

CENTINELA. ¿Quién vá? (*dentro.*)

UNA VOZ. (*id.*) ¡El Rey!

MARIA. ¡El Rey! Dios mio!
¡ya es tarde!

ALD. ¡Mi suerte es esa!

MARIA. Aldonza, no; es la desdicha
que nunca mis pasos deja.
(*crujen dentro cadenas.*)
¡Entrad, entrad; del rastrillo
han sonado las cadenas.

ALD. ¿Y vos?

MARIA. Le aguardo; rogad
por mi á Dios.

ALD. El os proteja.
(*entrando por la derecha.*)

ESCENA XII.

El REY *y* JUAN DIENTE *por el fondo.*

REY. ¿Quién está aqui? ¿de mi precepto, cómo
(*á Juan Diente.*)
asi rompes el límite sagrado?
¿Quién es esta mujer? ¿Cuál una sombra
ya en mis Castillas sin poder, no mando?

DIEN. Señor, siempre os servi como pudiera
el mas cumplido, á vuestra ley vasallo,
que cuando abrí las puertas de la torre
á vuestra alteza las abrí; mi mano
guardar no puede llaves que la quitan
el sello real que reverente acato.
(*el Rey examina el pergamino ya citado que le entrega Juan Diente y le guarda.*)

REY. Despejad. (*á Juan Diente que sale por el fondo.*)

ESCENA XIII.

REY. ¿Vos aqui, doña Maria?
Siempre en pos, amorosa de mis pasos
que vendria pensásteis, y sabrosa
sorpresa me aguardábais... ¿conque al cabo
nada soy en Castilla? ¿A vuestro antojo
todo se rinde ó se doblega? Vano
es mi poder, si de mi amor abusa
una mujer con quien mi vida parto.

¿Sabeis, señora, que de negro crimen
sois el reo?
Maria. Lo sé.
Rey. ¿Sabeis que alcanzo
poder bastante á convertir en lloro
los que os restan de vida, tristes años?
Maria. Lo sé por mi desdicha.
Rey. Misteriosas
las palabras son hoy de vuestro lábio;
¿quién os trajo á la torre? ¿Qué buscábais
en su oscuro recinto?
Maria. ¡Desengaños,
y los hallé, don Pedro! De mi alma
en el noble descuido confiado,
no del amor estábais satisfecho,
que con mi eterno vilipendio pago....
Otros amores nuevos os faltaban
y los hallásteis venturoso.... en vano
querreisme desmentir; tras esa puerta
(*señalando la de la derecha.*)
á quien abone mis palabras guardo.
Rey. ¡Os comprendo, Maria! de traidores
está mi trono por do quier cercado;
cual la sombra me siguen, en mi huella
la huella ponen de su infame paso.
Vos tambien me seguis; ¿con qué derecho?
O por ventura á vuestro amor esclavo
¿que sueñe en él quereis y en él me aduerma
cuando me tienden fementido lazo?
Maria. Que no esquivais, don Pedro, si hechicero
de una hermosa mujer está en la mano.
Y mientras de mi suerte no curábais
y dentro de mi estancia en vos pensando
al dulce brillo de amarilla luna,
mi corazon de amores estasiado
solo por vos latia, del retrete
se abrió la puerta, y receloso entrando
tornándola á cerrar, ante mi vista
apareció, don Pedro, un embozado.
Quise gritar, pero cortés entonces
detubo el hombre el atrevido paso,
y en torno revolvió mirada inquieta
cual temiendo la vista de un estraño;
y luego, aun me parece que le escucho,
«venid, me dijo: crímines infandos
»lograreis impedir, y que se tiña
»el hermano en la sangre del hermano.»
Todo lo presentí; por él guiada
llegué de Santa Clara al triste claustro.
De moribunda lámpara el reflejo
hirió mi vista, y el altar sagrado
señalándome el hombre: allí, me dijo,
está, señora, el Rey; tras ese cuadro.
Quisele preguntar, mas deslizose
de las densas tinieblas al amparo.
Rey. (Traidor Pero Carrillo.)
Maria. Sola entonces
fijé la planta en el altar sagrado,
y hablar os escuché cuando ponia
mano atrevida al misterioso marco.
Tras una tumba me oculté y os vide
entrar, perderos y tornar al cabo.
Rey. ¿Conque érais vos al fin, doña Maria?
¿vos á quien siempre encontraré á mi lado,
ya entre el reposo de las tumbas sea,
ya del trono escondida tras el manto?
¡Oh! feliz el destino que á mi vida
un angel guardador en vos ha dado!
Maria. Sarcástico, señor, cual nunca estais.
Rey. Si en mis palabras encontrais sarcasmo,
quizá vuestra conciencia parte tenga
que hoy como nunca con lisura os hablo.
Maria. ¿Qué buscábais allí? ¿por qué resuelto,
la sagrada clausura quebrantando
hasta el templo llegásteis? Aterradas
las esposas de Dios os contemplaron,
bien asi como aterra la presencia
de hambriento lobo al misero rebaño.
«¿Dónde está doña Aldonza?» En voz siniestra
gritásteis en el ancho santuario,
y las sagradas bóvedas gimieron
cual de impuro anatema al son profano;
¿Dónde está doña Aldonza? Repetisteis,
y las tímidas vírgenes temblaron;
una tras otra del semblante puro
vió con terror el velo levantado;
uno tras otro infando sacrilegio
consumasteis, don Pedro, con escándalo.
Rey. ¿Y no se abrió la tierra...? Bello asunto
para una homilía habeis, mas os declaro
que la paciencia de que armado vengo
siento que va con rapidez menguando.
Maria. Y luego... lo escuché; de amor la queja
á una muger rindiendo, en vuestro lábio
como un insulto, mi existencia triste
parodiasteis, señor; siempre velando
el crímen junto á vos la describisteis.
(*con amargura.*)
«Cuando respiro amor, frios alhagos
de gastada manceba solo encuentro,
que de la orgía entre el vapor soñando
pasa la vida ó el hastío gime,
ya sin fuerza marchitos sus encantos.»
Volved la vista atrás, ¿tal merecia
mi sacrificio sin igual? Tal pago
de tiernos hijos á la madre debe
quien agostó sus juveniles años?
Rey. Maria!
Maria. Vuestra pérfida sonrisa
no me fascina ya; vuestros alhagos
son mentira, don Pedro; hora menguada
os vide por mi mal; sin vos honrado
fuera mi nombre, y la orgullosa frente
alzára pura sin que velo infando
de oprobio la cubriera; noble esposo
á mis timbres sus timbres enlazando,
nombre diera á mis hijos, que son vuestros,
y á quienes dais un nombre.. ¡el de bastardos!
Rey. ¡Calla! ¡calla muger!
Maria. Esa es su herencia
que desdeñára el hijo de un villano;
abandonadme, si; la flor lozana
que puro ostenta su naciente tallo,
se corta por capricho, se conserva
mientras su aroma al robador es grato,
y al fin se arroja deshojada y mustia
del mundo infame al maldiciente paso.
Rey. ¡Maria!
Maria. Es tarde ya, que no se cura
herida que los celos desgarraron,
Allí esta esa muger, tras esa puerta.
(*señalando á la derecha.*)
¿Qué, don Pedro, no vais? Por vos soñando
está si duerme y á la luz abiertos
los ojos torna á su señor en vano.
Pero no, no vayais; os engañaba
como engañó á su esposo; son infandos
sus amores, señor; por vuestros hijos,

por su vida inocente, al desamparo
no me arrojeis... ¿Callais? Vuestro semblante
aun muestra el ceño del rencor airado....
¿y asi rompeis la ley del juramento,
¡rey miserable, corazon villano!?

REY. ¡Señora!!

MARIA. No, no tiemblo; mis amores
á la venganza su lugar dejaron,
y en vano á vuestras plantas suplicante
cual inmundo reptil, ya no me arrastro.
Escuchad: harto tiempo fementidas
vuestras amantes quejas me engañaron,
y ya es bien, rey don Pedro, que en Castilla
reconozcais mis hijos, aunque á un claustro
me arrojeis á la par... Aun el silencio
guardais? Y la sonrisa del escarnio
en vuestro lábio mi venganza escita...?
(*con furor.*)
¡Ah! ¡Don Pedro, temblad! Tengo vasallos
que pica empuñen contra vós; ¿lo oisteis?
y mi pendon por ellos desplegado,
en campo abierto acometiendo al trono
vuestro cetro al vencer harán pedazos.

REY. ¡Traidora! ¡vive Dios! sino pensára
(*empuñando.*)
que loca estais, vuestro imprudente amago
cayerá sobre vos, doña Maria!
No toqueis á la llaga que insensatos
abrieron por su mal, ni alceis el velo
que guarda oculto ensangrentado tajo.

MARIA. Ah!
(*aterrada, cayendo desvanecida sobre un escabel.*)

REY. Yo tambien deliro, yo á su vida
atentar, santo Dios! (*acercándose á ella.*)
¡Oh! de su lábio
huyó el carmin, y palidez sombria
de su rostro de amor nubla el encanto.
¡Maria! ¡vive Dios! no me responde.
¡Ola! (*un page aparece á la puerta.*)

MARIA. ¡Ay!

REY. Ya respira. (*al page.*) Del palacio
en mi mejor corcel, á la carrera
que venga al punto Hassan. (*sale el page.*)

MARIA. (*con voz débil.*) No, fuera en vano;
está en el corazon, y no podria
ese médico infiel secar mi llanto.

REY. Basta ya de gemir, dulce Padilla;
siempre fuisteis mi amor; aun no ha seis años
que os vi en Leon, y desde entonces llevo
vuestro recuerdo aqui;
(*llevando la mano sobre el corazon.*)
de vuestro lado
nunca me separé; por vos la reina
pasa la vida en soledad llorando,
y no hay capricho en vos que ley no sea
para el que mas que rey es vuestro esclavo;
mi sello real os di como una prueba
que de amor me pedisteis; abusado
habeis, señora, de él; doy por seguro
que libre de prisiones el bastardo
por vos está. ¿Decid, por qué el semblante
palidece, señora? ¿Vuestra mano
por qué siento temblar entre la mia?
¿Acaso no es el rey vuestro vasallo?
¡Pobre muger! No llores, te perdono
si algo hay que perdonar. Destino infausto
á ti me unió, es verdad; sin mi existencia
vieras dichosa transcurrir los años,
y no pudiera sonrojar tu frente
un recuerdo perdido en el pasado.
Nuestro sino es igual; si esa nobleza,
que indómita me cerca rebramando,
mi paso no estorbase, de Castilla
yo estendiera los límites tan largo,
que trémulo escuchase el agareno
de hinojos mi precepto soberano.
Sin esos nobles que el acero vuelven
contra su rey, en mancillado campo,
que la traicion ostentan por divisa
en guerra eterna contra mi empeñados,
mi nombre el porvenir escribiria
de otros nombres al par, sino mas alto.
¡Villanos son, por Dios! Echan de menos
el menguado reinar de Alfonso el Sábio,
que leyes hizo, sin mirar primero
si bastaban sus fuerzas á domarlos.
¡Oh! la ley es muy débil que con sangre
escrita no se muestra sobre un tajo.
¿No me escuchas, Maria? Por ti solo
es mi ardiente afanar, por ti velando
siempre esa grey villana de alevosos
mi pensamiento ocupa; oh! desdichados
mi hijos si triunfasen! Por herencia
les dejára tal vez negro cadalso.

MARIA. ¡Oh! ¡callad!

REY. Si, esa plática dejemos
que me ahoga el furor; aqui encerrado
estaba el desleal, y tú, insensata!
abriste su prision. ¡Oh! mil dorados
ensueños me alhagaron esta noche
un hora que dormi; sueños livianos
que huyeron por mi mal para mostrarme
al despertar horrible desengaño.
(*sacando un pergamino.*)
Mira y tiembla, muger; de Medina,
donde la reina estaba, este enlutado
pergamino trageron, y en su seno
con sangre escrito su finar temprano.

MARIA. ¡Cielos!

REY. Blanca murió y asesinada
por mis viles hermanos los bastardos.

MARIA. ¡Asesinada!

REY. Si, no lo comprendes?
No me pueden vencer sin que su amparo
les preste el estrangero, y en mi frente
quieren mostrar de su delito el rastro.
Dirá que la maté por tus amores
ese Enrique infernal; venganza ansiando
me retará el francés, y las fronteras
darán paso otra vez á sus soldados.
¡Y huyó de mi furor el miserable!
¡y mi eterno velar ha sido en vano!
Mi nombre disfracé; rondé en Sevilla,
amores dije por saber arcanos,
¡y vos necia y celosa destruisteis
el fruto de mi afan á un solo paso!
Acabad vuestra obra, y libre vaya
la Coronel á unirse á los villanos.

MARIA. ¡Perdon, señor, perdon! de vuestro rostro
el amargo desden me está matando;
¡desdichada de mi! ¡cuanto me cuesta
la fatal ambicion de los de Haro!

REY. Ya os perdoné, dejad esa congoja
y al alcázar venid; con el descanso
huirá la palidez de vuestro rostro.

UN CENTINELA. (*dentro.*) ¿Quién va?

UNA VOZ. (*dentro.*) Donceles de su alteza

CENTINELA. (*dentro.*) ¡Alto!

Rey. ¡Mis donceles! ¿qué quieren á tal hora?
¿Lo oisteis? ¡maldicion! quizá el bastardo
á la plebe subleva.
(*aparece Juan Diente á la puerta.*)
Abre el rastrillo
y que entren.
(*sale Juan Diente y poco despues se oye abrir el rastrillo.*)
¡Siempre así! Siempre luchando!

ESCENA XIII.

Gutier *armado por el fondo.*

Gut. ¡Señor!
Rey. ¿Quién es? ¡Gutier! ¿por qué á deshora
á mi presencia vienes? Habla.
Gut. Apenas
tras el oriente despuntó el aurora,
y del alcázar régio en las almenas
de guarda estaba, cuando vi acercarse
gente armada, señor, en faz de guerra
y ante el rastrillo sin temor mostrarse.
Rey. Sigue.
Gut. ¿Quién vá? gritando el atalaya
de la estacada, Francia: respondieron...
Rey. Y...
Gut. Las puertas que guardan la muralla
para la Francia sin temor se abrieron.
Rey. (¡Gente de Francia, en tierra de Castilla!)
¿Su número?
Gut. Acaballo bien armada
á veinte lanzas llega la cuadrilla
por un hidalgo al parecer mandada.
Rey. Paz ó guerra miraste en su divisa?
Gut. Es negro el paramento del ginete,
roja su banda y de venganza en guisa
amarillo el penacho de su almete.
Rey. (Luto y venganza!) ¿Y su mensage?
Gut. En nombre
de la Francia, hablar quiere á vuestra alteza
y le trage hasta aquí.
Rey. Que entre ese hombre.
(*Gutier sale por el fondo.*)

ESCENA XIV.

Rey. (Pronto á dar fruto la traicion empieza!)
(*á doña Maria.*)
Dispensadme, Maria, que os suplique
que al alcázar os vais.
Maria. Allí os espero;
evitad una guerra.
Rey. Nunca á pique
Don Pedro echó la prez de caballero;
id.
Maria. Adios.

ESCENA XV.

Al salir *Doña Maria*, la mira con insolencia el embajador, que entra seguido de algunos hombres de armas que llevan en los escudos la flor de lis de Francia; por parte del *Rey* entra *Gutier* y con él algunos donceles que llevan en las sobrevestas un leon y un castillo de oro sobre fondo encarnado.

Rey. Insolente es su arrogancia.
(*observando al embajador.*)
Emb. ¡Salud, rey de Leon y de Castilla!
Yo, hidalgo, caballero, par de Francia,
en nombre de mi rey, de alta mancilla
cuenta os vengo á pedir.
Rey. De cuál ultrage
la debo á vuestro rey? Es su sobrina,
mi esposa, la ocasion de tal mensage
que su retiro infamia denomina?
¡Qué, no es reina en Medina? A su grandeza
no doblegan mis pueblos la rodilla,
ó dar quiere esplendor con su belleza
á mi arabesco alcázar de Sevilla?
Emb. Luto llevo, señor, y mengua acrece
tras infando delito, tal lenguage,
que no es cortés, alteza, ni merece
mi señor tras su pena tal ultrage.
Princesa era de Francia vuestra esposa,
en ella os ha debido cien baldones,
y hora arrojais la tierra de la fosa
de Borbon con desprecio á los blasones.
¡Oh! yo vi á la infeliz su amor llorando
tras los muros de sombria fortaleza,
mientras que vos sus penas olvidando
dabais amor á impúdica combleza.
Yo la vi que al morir entre abandono
á su asesino amante perdonaba,
y al bajar á la tumba, en vuestro trono
sangre inocente que vengar dejaba.
Francia la vengará; de su alianza
los vínculos ha roto vuestra alteza,
y en campo abierto, rey, de lanza á lanza
el gran juicio de Dios desde ahora empieza.
(*volviéndose á los donceles.*)
¡Castellanos! ¡hidalgos! ¡mesnaderos!
¡los porvenir y los aquí presentes!
Segun usanza y ley de caballeros
ante el comun derecho de las gentes;
¡escuchad! ¡escuchad! del rey en nombre
de Francia, ante vosotros de alevosa
muerte, hago cargo, hidaldos, á este hombre,
(*señalando al rey.*)
en doña Blanca de Borbon su esposa.
Y si alguno atreviérase á dudallo,
en buena lid, á muerte yo le reto,
con lanza, con espada, á pie, á caballo,
cualquier combate por probanza aceto;
y en prenda y en señal de desafio,
¡hidalgos castellanos! ¡ved mi guante!
(*se despoja del guantelete izquierdo y le arroja en la escena; los donceles quieren levantarlo á porfia.*)
Algunas voces. ¡Mentis! ¡mentis!
Gut. ¡Afuera! ¡el guante es mio!
(*apartando á los donceles.*)
Rey. (*recogiendo el guante.*)
No ha menester el rey quien le levante.
(*á los donceles.*)
¡Gracias mi buen Gutier! ¡gracias, donceles!
¡ese mentis! del corazon rebosa.
(*al embajador.*)
Ya lo pudisteis ver, todos son fieles,
y en vano en torno la traicion me acosa.
Pruebas tendreis y menester he verlas.
Emb. Cumplidas las revela el pergamino
(*sacando un pergamino de entre las ropas y mostrándolo al rey.*)
que tan claras, señor, á no tenerlas
no fuera á vuestro lado mi destino.
Aquí hay una sentencia, aquí sin ley
hierbas mandasteis dar á la infelice,
aquí está el sello real, aquí yo el rey

en claras letras estampado dice.
REY. ¡Ay desdichado quien forjó el escrito!
(*arrebatando al embajador el pergamino y examinándole.*)
Venganza habrá la reina; pronta, cierta
mi justicia será para el delito
que hoy mi poder aterrador despierta.
EMB. Francia tambien despierta;
fementido cubris el rostro de dolor profano;
verá Castilla el antifaz hendido
del Galo altivo por la fuerte mano.
REY. Hablad junto á mi sólio menos recio
(*con furor.*)
y moderad, que os cumple, la jactancia,
porque solo me mueven á desprecio
el orgullo y poder de vuestra Francia.
Y vive Dios, que si rompeis el yugo
que los vasallos deben á los reyes,
os enseñe la mano de un verdugo
sobre mi suelo á respetar mis leyes.
El guante acepto en nombre de Castilla,
llevad á Francia mi cartel de guerra,
mas antes de ausentaros de Sevilla
contareis mi justicia en vuestra tierra.
Despejad.
(*el embajador sale seguido de sus gentes y tras él los donceles, menos Gutier.*)

ESCENA XVI.

REY. Oye, Gutier;
tras esa puerta hallarás,
(*señalando la de la derecha.*)
y al alcázar llevarás
en litera á una muger.
Luego, ronda por Sevilla,
y si la plebe en tumulto
hace á mi nombre un insulto...
sin compasion la cuchilla
(*el rey sale por el fondo; Gutier por la derecha.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

EL MAESTRE DE SANTIAGO.

INTERLOCUTORES.

EL REY DON PEDRO I DE CASTILLA.
EL MAESTRE DE SANTIAGO.
MOSEN PERO-CARRILLO.
UN EMBAJADOR DE FRANCIA.
DOÑA MARIA DE PADILLA.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
GUTIER.
JUAN DIENTE.
Guardias, donceles, ballesteros.

La accion pasa en Sevilla en el Alcázar, el dia 29 de mayo de 1358.

Sala en el palacio del caracol, abierta á una galeria: á la izquierda junto al proscenio una puerta oculta en la tapiceria; mas allá la silla real sobre un estradillo; junto á él una mesa con recado de escribir y un escabel, junto el cual se verán el manto real y la corona.

ESCENA PRIMERA.

GUTIER y PERO CARRILLO *por el fondo.*

GUT. Esas las órdenes son
que me prescribe su alteza;
dadme, Carrillo, la espada
y esperad á que el rey venga.
(*entregándole la espada.*)
PERO. Esperad; en compañia
tan noble, menos molesta
será mi prision, y al cabo
podreis guardarme mas cerca.
GUT. No os guardo yo; si en mi mano
vuestro destino estubiera,
fuerais libre, mas ..
PERO. No os culpo.
¿Y qué pensais de las nuevas
que corren por la ciudad?
Dicen que Francia la guerra
ha declarado á Castilla,
y que en fundamento alega
la muerte de doña Blanca
de Borbon.
GUT. Necias consejas
del vulgo, que vé con ojos
de aumento cosas pequeñas.
Cierto es que á son de clarin
sabe Sevilla, que muerta
es la reina, á quien Dios dé
á su lado gloria eterna;
y bastará, á no dudarlo,
ver cuando en doble resuenan
las fuertes lenguas de bronce
de la Giralda, que negras
vestiduras arrastrando
en la nave de la iglesia,
el cabildo, junto á un túmulo
que cetro y corona muestra,
el oficio de difuntos
desde esta mañana reza.
PERO. Dicen tambien que el bastardo
huyó.
GUT. ¡Don Enrique! Nueva
absurda, por Dios.
PERO. ¿Acaso
en la torre?
GUT. Mal pudiera
el que no fue preso huir.
¡Don Enrique! En las fronteras,
estará soñando ahora,
de Francia locas empresas.
Sois un asombro en espia.
Mas, me mirais de manera...
PERO. Es porque dudo, Gutier,
si vuestra plática es cierta,
ó me engañais, y en la duda
está mi vida suspensa.
UNA VOZ. (*dentro.*) ¡El rey!
GUT. Os dejo; quizá
os satisfaga su alteza.
(*al salir Gutier encuentra al rey que entra, se inclina profundamente y sale.*)

ESCENA II.

PERO CARRILLO, EL REY.

PERO. ¡Señor! (*hincando una rodilla.*)

Rey. Levantad, Carrillo;
¿aun en Sevilla os hallais?
¿De mi castigo burlais
y os resistis á cumplillo?
Os dije: salid de aqui,
y vendisteis mi secreto;
de hoy mas, Carrillo, os prometo
que no burlareis de mi.
Que alli don Enrique estaba
dijisteis á la Padilla;
hoy vuestra lengua en Sevilla
á la plebe sublevaba,
y me habeis tan bien servido,
que si os niego galardon,
tachareisme, con razon,
de muy poco agradecido.
¡Oh! cumplido le tendreis
cual conviene á tan leal
vasallo, os daré un dogal
que un tajo no mereceis.
Un clérigo y un verdugo
os aguardan; mas primero
de vuestra conciencia quiero
alivieis conmigo el yugo.
¿Sabeis quién la muerte dió
á la reina? Dios os mira,
escusad una mentira.
Pero. El lo sabe, que yo no.
Rey. ¿Nunca tal á don Enrique
oisteis?
Pero. Si lo pensó,
señor, me lo recató.
(el rey hace ademan de llamar.)
Mas escuchad: don Fadrique
y su hermano el conde, entraron
una noche en mi morada,
y en estancia retirada
á platicar se encerraron.
El discurso no entendí,
que hablaban con gran sigilo,
mas aunque perdido el hilo
algunas frases oí.
De sus planes en Castilla
departiendo, alguna vez
mofando su candidez,
hablaron de la Padilla.
Nombraron el sello real,
la Francia junto á la muerte,
é hicieron entrar en suerte
el veneno y el puñal.
Salieron; solo quedé
y al lecho me recojí;
lo que aquella noche oí
al despertar olvidé.
Rey. ¿Y decis verdad?
Pero. Lo juro,
señor, por mi salvacion.
Rey. (¡Fadrique! ¡me haces traicion,
á mi cariño perjuro!)
Que os sentenciaba á morir
os dijo el rey; al profundo
de una torre, para el mundo
mi decreto heis de cumplir. *(llamando.)*
¡Gutier! *(vá á la mesa y escribe.)*

ESCENA III.

Gutier *entra por el fondo.*

Rey. Lo que dice ahi
ejecuta.
(dándole el pergamino que acaba de escribir.)
Gut. Y bien, Carrillo,
(dirijiéndose al fondo y Pero Carrillo que le sigue.)
¿llegasteis á descubrillo?
Pero (¡Hasta la muerte! ¡ay de mi!)
(salen por el fondo.)

ESCENA IV.

El Rey *se dirige á la puerta de la izquierda que se abre antes de llegar á ella, y sale* Doña Aldonza Coronel.

And. Deteneos, mi señor,
justicia vengo á pediros.
Rey. No me deja, Aldonza, oiros
otro cuidado mayor.
Ald. Cuidado mayor hallasteis
que la justicia?
Rey. Sed breve.
Ald. Que tan pronto el viento lleve
palabras que pronunciasteis?
Anoche, ¡cuan diferente
de vuestro lábio el acento!
¡qué pasion! ¡que sentimiento!
¡que amor tan puro y ardiente!
El lazo no conocí,
que lo ocultabais de modo,
que al jugarlo por vos todo
todo en cambio lo perdí.
Perdí mi dichosa calma,
por vos olvidé mi duelo,
y encumbrándome hasta el cielo
perdí la paz de mi alma.
No penseis que vengo aqui,
señor, á daros enojos,
que solo lloran mis ojos
en silencio contra mí;
ni temais que contra vos
mueva el lábio maldiciente,
ni que demande mi mente
inútil venganza á Dios.
¡Ay de mi! que mal pudiera
el corazon que debora,
de una esperanza traidora
desvanecida quimera,
rebelde romper el yugo
que le impuso cruel destino.
Rey. (¡Que Dios me diera por sino
ser para todos verdugo!)
Ald. Perdonadme si olvidé
que la muger que es honrada,
debe ocultar recatada
pasion que mancha su fé.
Perdonadme, loca estoy,
perdonad tambien mi llanto,
que al sufrir, don Pedro, tanto
olvideme de quien soy.
Que es cosa desesperada
no atreverse á alzar los ojos,
temiendo justos enojos
del esposo en la mirada;
noche tras noche cruel
junto á su lecho velar,
y entre el sueño recatar
un secreto al lábio infiel;
y á la caricia del hombre
que se finje pura esposa,
dar caricia mentirosa

y murmurar otro nombre.
Por eso he venido á vos,
me hallasteis en un convento,
y á consolar mi tormento
quiero consagrarme á Dios.
Que allí el triste corazon
que llagado fue en el mundo,
halla consuelo fecundo
en la dulce religion
Rica-fembra de Castilla
cedo mis feudos al trono,
y me acojo en mi abandono
á la Virgen sin mancilla.
Dadme licencia, señor,
para en el claustro vivir,
que aqueso os vine á pedir
cual justicia en mi dolor.

REY. Con asombro os he escuchado
y vuestra queja me afrenta,
que tengo, señora, en cuenta
que yo soy quien la ha causado.
Sin padre os dejó mi ley,
y aunque os deja con honor,
sin esposo y sin amor
á la fin os deja el rey.
Y á sospechar yo que vos
guardabais tanta pureza,
os dejára mi nobleza
por nobleza de los dos.
Mas ved que es desesperado
pasar la vida en llorar,
y entre el llanto no encontrar
un amigo á vuestro lado.
Y penas desgarradoras
en el corazon sufriendo,
ver á la muerte corriendo
en lento paso las horas.
Blasfemar en la oracion,
si al decir de Dios el nombre,
viene el recuerdo de un hombre
á turbar el corazon.
Sentir del mundo el murmullo,
el ruido de sus placeres,
la risa de sus mugeres
y de su vida el arrullo;
y dentro una celda austera,
si allí la razon delira,
ver que sin ojos os mira
descarnada calavera.
Alvar Perez de Guzman
puede volver á Castilla,
y vos vivir á su orilla
que ya olvidé su desman.
Solo por vos le perdono
aunque me ofendió traidor,
que no quiero en el dolor
sumiros y el abandono.
Mas si vuelve, que advertido
donde fija mire el pié,
que si resvala, seré
en mi justicia cumplido.
Eso os da mi compasion
ya que causé vuestros males,
que son en don Pedro iguales
el castigo y el perdon.

ALD. ¡Ah, señor! en demasia
sois conmigo generoso,
mas no debe ya el esposo
contemplar la frente mia.
Que á través de su rubor,
si receloso anduviera,
quizá en mi semblante viera
el sepulcro de su honor.
De rodillas os lo pido,
dejadme en el claustro entrar,
y en su retiro buscar
el reposo que he perdido.

REY. (*alzándola.*) ¡Sea! que tal decision,
Aldonza, resiste al ruego,
quiera Dios no os pese luego
alcanzar mi concesion.
(*va á la mesa y escribe.*)
¡Gutier! (*llamando.*)

ESCENA V.

GUTIER *entra por el fondo, el* REY *le dá un pergamino que examina el primero.*

REY. (*á Aldonza.*) En una litera
de mi casa podeis ir.

ALD. (¡Corazon! ven á gemir
tu esperanza y tu quimera.)
(*sale por el fondo seguida de Gutier.*)

ESCENA VI.

REY (*viéndola alejarse.*) ¡Infeliz! desesperado
es en el mundo vivir,
y ver secarse y morir
cuanto brota á nuestro lado;
y en el corazon llagado
si allí la conciencia grita,
ver un fantasma que agita
un puñal eternamente,
amargando lo inclemente,
de una existencia precita.
Desque al mundo aparecí
me fue contraria fortuna,
y maldecido en la cuna
malditos años crecí;
cuando era príncipe, vi
solo en torno aduladores;
rey, cercado de traidores
y de ambiciosos mi trono.
¡Oh Señor! en mi abandono
solo te debo dolores.
En mi tumba nacerán
las páginas de mi historia,
y manchada mi memoria
las gentes insultarán;
algunos meditarán
los tiempos en que viví,
quizá sospechen en mí
el instinto del leon,
mas mi siglo, la razon
les dará de lo que fui.
Mi mano al pueblo amparó,
y atrevida la nobleza,
á nivel de mi cabeza
mi corona mancilló;
el clero me escomulgó,
y la ingrata turba infiel
me llamó Pedro el Cruel.
¡Miserables bajo el yugo!
tengo un hacha y un verdugo,
y mi ley descansa en él.

ESCENA VII.

Mientras recita el Rey *los últimos versos se abre la puerta de la izquierda y aparece* Doña Maria de Padilla *que se adelanta.*

Rey. ¿Quién sin mi licencia aqui
aleve paso encamina?
(*reparando en ella.*)
¡Ah! sois vos? ¿La que imagina
hallar un esclavo en mi?
La que en mengua de mi ley
al crimen os arrojais,
y con altivez hollais
donde no ha pisado el rey?
¿Vos, la de haciendas y vidas
señora, que en la balanza
poneis de vuestra esperanza
ilusiones mal nacidas?
¿La que soñando mi trono
ambiciosa os desvelais,
y á las reinas arrojais
á la tumba en vuestro encono?
¿Olvidasteis, por San Juan,
en mal hora al serme infiel,
que el dictado de cruel
entre la plebe me dan?
¿Que á pesar de esa belleza
que daros al cielo plugo,
puedo entregar al verdugo
vuestra rebelde cabeza?
(*movimiento de doña Maria.*)
¡Silencio! que os hablo yo,
soberano de Castilla,
y en el suelo la rodilla
he de veros, que así no.
El amante caballero,
señora, no existe ya,
que en juez convertido está,
y es don Pedro, el Justiciero.
Y vive Dios! que sangriento,
si culpada os llego á hallar,
en vos, Padilla, he de dar
á mi pueblo un escarmiento.

Maria. El amante caballero (*con sarcasmo.*)
que ante mi se afinojó,
y de amor me requirió,
es don Pedro, el Justiciero;
y en mi cabeza cruento,
si crimen llega á encontrar,
á sus pueblos ha de dar
en justicia un escarmiento.
¿Eso digisteis, ó yo
por acaso deliré?
Repetídmelo, sabré
si mi oido se engañó.
¡Basta ya! Menos cruel (*con amargura.*)
fuera decir sin rodeos:
me aquejan nuevos deseos
por la Aldonza Coronel.
No quiero que mi contento
con tu presencia acibares;
para calmar tus pesares
vete á llorar á un convento.
Quizás al darme la herida
me mostraseis en la prueba,
que el amor de una manceba
por otro nuevo se olvida.
Mas decirme que soñé
ambiciosa vuestro trono,
y la Reina con mi encono
en la fosa sepulté;
y con intencion traidora
finjirme accion tan villana,
mentira ha sido liviana
que vuestro nombre desdora.
Tengo deudos y solar,
y al punto parto á Leon,
mas.... os dejo mi perdon
que no os puedo condenar.

Rey. Antes de partir, señora,
meditad si puede ser
la justicia escarnecer
que ofendisteis en mal hora.
Y viendo, por cortesia,
qué dice este pergamino,
medid por él el destino
que os reserva el Rey, Maria.
Quien en mis reinos mató
es ley que por ello muera,
y mal, señora, estuviera
que mi ley quebrante yo.
Mirad pues. (*mostrándola un pergamino.*)

Maria. ¡Cielos! verdad
(*despues de leerlo.*)
no puede ser lo que leo;
Don Pedro, dudo, aunque veo
tanta en vos iniquidad.
¡Oh con justicia el Cruel
os apellida Castilla!

Rey. Ensayado á maravilla
teneis, señora, el papel.
No falta mas que atrevida
la farsa á cabo llevando,
colmeis la infamia, arrojando
vuestro crimen en mi vida.
Tambien con el sello real
abonando falso escrito,
amparásteis el delito
anoche de un desleal.
¡Nécio de mi, que pensé
lo forjásteis por virtud!
¡mentira! en un atahud
el desengaño encontré.
Cuando digisteis que allí
fuisteis celosa, mentia
con sin igual villania
vuestro lábio baladí.
¿La disculpa que os abona
cuál es? ¿Soñásteis, traidores,
á la par que mis amores
arrancarme mi corona?

Maria. Don Pedro, valiera mas
hundir la daga en mi pecho;
os juro que nada he hecho
en vuestro daño jamás.
Por la Reina os supliqué
aliviáseis su destierro;
recelando infame yerro
vuestro sueño yo velé.
Tambien en la estancia real
os velaban mis hermanos,
los aceros en las manos
cual pudiera el mas leal.
Que junto á vos, los Padillas
siempre, señor, estuvieron,
y en duras lides los vieron
por el Rey ambas Castillas.

Miente quien llame traidor
al que su nombre sustenta,
que tenemos en gran cuenta
los Padillas nuestro honor;
y si yo lo he mancillado,
por vos, señor, lo he perdido,
que mi nombre al vuestro unido
solo está para manchado.

REY. (Acaso tenga razon;
mofaron su candidez
mirando en ella tal vez
á su empresa un escalon.
Nombraron el sello real,
la Francia junto á la muerte,
é hicieron entrar en suerte
el veneno y el puñal.
Vive Dios que si perdido
llego al fin del laberinto,
le han de ver en sangre tinto
los que me sueñan dormido.)
Decidme, alguno os robó
mi sello?

MARIA. Siempre conmigo
le llevo; por mi castigo
mi capricho os le pidió;
era hermosa la sortija,
y quise ademas probar
si llegábais á fiar
de mi su guarda prolija.
Tomadla; me causa horror
que autorizó una sentencia.

REY. ¿No os recuerda la conciencia
algun imprevisto error?
¿que ella, pudiérais jurar,
otro escrito no abonó,
que el que á Enrique libertó,
ni llegásteisla á fiar
á otro alguno?

MARIA. A tal decir
perjura, señor, seria,
que una noche....

REY. ¡Hablad, Maria!

MARIA. Una noche sentí abrir
la puerta de mi retrete,
y vi el rostro demudado
del Maestre, que iba armado
de la espuela hasta el almete.
Y adelantando hasta mí
me dijo en voz conmovida:
hermana á muerte ó á vida
he venido á verte aquí.
Enrique oculto en Sevilla
está, y el Rey en su alcance
le persigue; á todo trance
ha de salir de Castilla.
Yo he mirado el sello real
alguna vez en tu mano,
para salvar á mi hermano
ponlo en esta credencial.
Con nombre desconocido
llegará hasta la frontera,
y olvidará la quimera
que á tal punto le ha traido.
Sin mas decir le tomó,
que mi mano le mostrabá,
y de un pliego que llevaba
en el ángulo fijó.

REY. ¿Lo que el pliego contenia
por acaso descubristeis?

MARIA. No señor.

REY. ¡Necia anduvisteis!
Dejadme solo, Maria.
(*doña Maria sale por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

El REY *solo.*

Penetraron atrevidos
en el antro del leon,
de su liviana ambicion
en el ensueño perdidos;
y el leon dándoles caza
ha logrado ver su huella.
¡Oh! despertarán en ella
al ver que lés despedaza.
¡Gutier! (*llamando.*)

ESCENA IX.

GUTIER *por el fondo.*

GUT. ¡Señor!

REY. De Sevilla
con lanzas de mi persona,
al castillo de Carmona
lleva en guarda á la Padilla.

GUT. ¿A la Padilla, señor?

REY. A la Padilla, menguado;
y oye: pecho de soldado
que es hermosa en su dolor.
¿Qué aguardas?

GUT. En esa estancia
para hablaros en audiencia,
aguarda, señor, licencia
el embajador de Francia.

REY. Adentro el embajador.

GUT. Ademas, con un mensage
del Maestre, vino un page
de estas letras portador.
(*dá al Rey un pergamino enrollado y sale por el fondo.*)

ESCENA X.

REY. »Pronto vereisme en Sevilla (*leyéndolo.*)
»honrándome á vuestro lado,
»que os dejo, señor, ganado
»el castillo de Jumilla.»
A mis armas se rindió (*representando.*)
al fin la cobarde grey,
y á tu cabeza mi ley
lanzaré, Fadrique, yo.

ESCENA XI.

Mientras el REY *dice estos últimos versos, entra por el fondo el* EMBAJADOR DE FRANCIA.

EMB. ¡Señor!

REY. Con faz alevosa (*sin escucharle.*)
finjiéndome inesperiencia,
me daba vuestra insolencia
tras aúreo velo una fosa.

EMB. (¡Y no me escucha! ¡Oh baldon!)
Ved, señor, que estoy yo aquí.

REY. Mirará mi pueblo en tí (*sin escucharle.*)
mi justicia y su mision.

EMB. ¡Señor!

REY. ¡Ah! como en tan poco

os tengo, no reparé
en vos, ni que en ello á fé
vuestra impaciencia provoco.
Juan Diente. (*llamando.*)

ESCENA XII.

JUAN DIENTE *por el fondo.*

REY. Tú y otros dos
guardad ocultos allí;
á mi acento, pronto aquí
yerro en mano. No es por vos;
(*movimiento del Embajador.*)
que tuviera á gran mancilla
contasen en vuestra tierra,
que en traicion, no en buena guerra
os mataron en Castilla.
Tú despeja.
(*á Juan Diente que sale por la izquierda.*)
Os satisfago
porque hubisteis, por San Juan,
con mi nombre gran desman.

ESCENA XIII.

Aparece un page al fondo.

PAGE. ¡El Maestre de Santiago! (*anunciando.*)
REY. ¡Fadrique! lo presentí;
¡hola! mis guardias alerta;
tú, francés, tras esa puerta.
(*El Embajador entra por la izquierda; el Rey se ciñe la corona, se envuelve en el manto y ocupa la silla real.*)
Y el Rey de Castilla aquí.

ESCENA XIV.

El MAESTRE DE SANTIAGO *entra por el fondo, se adelanta é hinca una rodilla ante el* REY.

MAES. ¡Salud, señor; en la rebelde gente
que en Jumilla ofendió vuestra grandeza,
no hay ya poder, ni quien aleve ostente
erguida sobre el hombro la cabeza;
por señor os acatan, y su frente
pleito homenage rinde á vuestra alteza!
REY. Alzad; las gracias os devuelvo en pago,
mi leal gran maestre de Santiago.
Mas pésame, por Dios, hayais venido
á doblar en mi alcázar la rodilla,
para verle de luto revestido
por muerte de la Reina de Castilla.
MAES. ¡Blanca murió!
REY. No falta un atrevido
que os arrojo á la cara tal mancilla,
y os cuente entre la turba de señores
á la patria y al Rey al par traidores.
(*el Maestre hace ademan de hablar, el Rey se levanta y dirije á él con furor.*)
¡Silencio por Dios vivo! ¿Cuántos reyes
tiene, decid, Castilla?
¿La vida y el honor de mis vasallos
quién los guarda, Fadrique? ¿Cuántas leyes
se obedecen aquí? Para domallos
no basta el poder mio?
¿Y quieres tú, mendigo de mi mano,
de la sien arrancar, á tu alvedrio,
aleve la corona de tu hermano?
No era bastante con infame modo
hacerme escandalosa y cruda guerra;
lo jugásteis al fin todo por todo,
y una víctima mas guarda la tierra.
FAD. ¡Don Pedro!
REY. ¡Ira del cielo! ¡yo asesino!
¡yo por la Francia con baldon retado!
¡Oh que jugásteis con menguado sino
contra el inverbe mozo coronado.
(*mostrándole un pergamino.*)
¿Conoces esto, di?
MAES. (*turbado.*) ¡Cielos!
REY. ¡Villano!
¿Y nada te debia
el nombre y el decoro de tu hermano?
¡Y á su poder sin miedo
lanza con mengua tu atrevida mano
negro borron á su soberbia frente!
¡Me insultaste, Fadrique!!!
MAES. Os adivino, don Pedro; suerte impia
en Leonor de Guzman madre me diera;
era preciso que su tumba fria
de sus hijos tambien la tumba fuera.
REY. ¡Mis hermanos! ¡por Dios grande consuelo
debe á su amor mi vida desdichada!
¡miserables bastardos! cuando velo
siempre desnuda la sangrienta espada!
Vosotros sublevásteis la nobleza,
compró vuestro oro vil á la canalla,
y rompiendo la valla,
pusisteis vuestros pies en mi grandeza.
Ensangrentado el suelo de Castilla
os debió de la guerra los horrores,
que por llevar á colmo la mancilla
á la patria tambien fuisteis traidores.
No perdonásteis medio ni camino,
fuisteis villanos sin temor ni freno,
y en la sangrienta copa del destino
de la infamia vertisteis el veneno.
¿Qué dirán las naciones
al ver en nuestros muros deshonrados
de otra nacion pendones,
por castellanos míseros llamados?
¿Qué pensarán de mí, Rey miserable
al capricho de siervos doblegado?
Me llamarán monarca despreciable
al vil temor y á la vergüenza atado.
No; no ha de ser; en tí me dió la suerte
un hermano, y mi horóscopo funesto
un traidor á la par; pues bien, la muerte
sobre tu frente bajará muy presto.
Y solo quedaré, solo en el mundo,
sin un amigo que el dolor mitigue,
cuando me acose en apenar profundo
el destino cruel que me persigue.
Solo, como una planta maldecida
que brota al arenal de las pasiones,
en su triste vivir, siempre mecida
al soplo de encontrados aquilones.
Ya lo dige, Fadrique; cuando llegue
el sol á la mitad de su carrera,
habrá en el templo quien al padre ruegue
por tu descanso en la oracion postrera.
MAES. Venga en buen hora, venga. Tú que dueño
eres de hacienda y vidas de vasallos,
hacerlo puedes, y al eterno sueño
sin ley á tu capricho destinallos.
Mas escucha, don Pedro, de tu trono
lentamente el cimiento desmorona

de esclavizados pueblos el encono,
y en tu cabeza tiembla la corona.
Tú caerás como yo, mas sin venganza,
cual presa que acosaron los chacales,
entre el furor cediendo á la pujanza
de tus fuertes hidalgos desleales.
Yo, don Pedro, mentí siempre que amigo
te abracé apellidándote mi hermano,
que convulsa mi mano
entonces alhagaba á un enemigo.

REY. ¡Fadrique! ¿y eso mas? ¡ni aun el pasado
me dejas por consuelo á mi agonia!

MAES. Yo á la Reina maté; tú deshonrado
del crimen mostrarás la marca impia.
Tu historia ese borron guardará escrito,
y la plebe que tiembla ante tu frente,
á tus espaldas contará el delito
que en tu fosa verán de gente en gente.

REY. ¡Ira de Satanás! ¡Y lo confiesa!!!
Escúchame, Fadrique; quien te lanza
en juveniles años á la huesa
es mi ley nada mas, no mi venganza.

MAES. ¡Tu ley! ¡mientes! no hay ley en un tirano
es el velo que cubre sus maldades,
velo que rasga el porvenir profano
al eterno penar de las edades.
¡Asesino, no mas!
(*el Rey lleno de furor pone la mano en la daga, y duda; luego se vuelve hácia la izquierda y dice.*)
¡Ah, mis leales!
¡Valientes! ¡junto á mi!

ESCENA XV.

Por la puerta de la izquierda entran *Juan Diente* y tres ballesteros; el *Embajador de Francia* queda junto á ella, y observa; por el fondo los donceles del *Rey* con las espadas desnudas se estienden por la escena, don Fadrique se adelanta hácia ellos y desnuda la espada.

REY. ¡Dadle la muerte!!
(*á los ballesteros señalando al Maestre. Juan Diente y los otros tres se adelantan, y al reconocer al Maestre retroceden horrorizados.*)

MAES. ¡Atrás, canalla vil!

REY. (*á los ballesteros.*) ¡Cómo, villanos!
¿Al vil temor las manos
negais á mi mandato de esa suerte?
¡Rematadle!
(*los ballesteros adelantan hácia el Maestre.*)

MAES. (*saliendo por la puerta del fondo y defendiéndose.*)
¡Asesinos! (*salen los ballesteros y los donceles les siguen, se oye fuera ruido de combate.*)

ESCENA XVI.

REY ¡Negra mengua! (*mirando por el fondo.*)
huyes la muerte, miserable, en vano.

MAES. ¡Ay! (*fuera. El ruido cesa.*)

REY. Ven acá, ¿le ves? Dijo su lengua
(*al Embajador que permanece junto á la puerta de la izquierda. Señalando al fondo.*)
el crimen, le maté, y.... ¡era mi hermano!!

EMB. En nombre de mi Rey, retiro el guante.

REY. Yo á vuestro Rey á muerte desafio,
que tengo sangre de la faz delante
y he menester saciar el furor mio.

ESCENA ULTIMA.

Antes de concluir el REY *los últimos versos aparecen al fondo los ballesteros, y tras ellos agrupados los donceles.*

REY. Todo acabó, lo sé. (*á los ballesteros.*)
(*al Embajador.*) Vete á tu tierra
y di cuál mi justicia es en Castilla.
(*á los donceles.*)
¡Hidalgos! cabalgad en faz de guerra
(*señalando al Embajador.*)
y sacadlo entre lanzas de Sevilla.
(*á todos.*)
Ya mas luchar no quiero contra el sino.
Escuchad, mis vasallos, hay un tajo
y un hacha de mi trono en el camino.
¡Ay del que caiga de mi ley debajo!
(*sale por la puerta de la izquierda, y el Embajador por el fondo seguido de los donceles.*)

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1848.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA.

Calle del duque de Alba, n. 13.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramàtica.

TRADUCCIONES.

EN UN ACTO.

El paje de Woodstock.
La Barbera del Escorial.
El derecho de primogenitura.
Un buen marido!
La vida por partida doble.
Percances de la vida.
El maestro de escuela.
La hija del bandido.
—La muger eléctrica.
El confidente de su muger.
La viuda de 15 años.
La pupila y la péndola.
Mas vale tarde que nunca.
La cocinera casada.
Tom-Pus, ó el marido confiado.
Dos contra uno.
El marido de la Reina.
Con todos y con ninguno.
Perder y ganar un trono.
El hijo de mi muger.
Inventor, bravo y barbero.
Un cuarto con dos camas.
Muerto civilmente.
El mudo por compromiso ó las emociones.
Un Juan Lanas.
Las camaristas de la Reina.
—Una muchachada.
El usurero.
Una cabeza de ministro!
El raptor y la cantante.
Una noche á la intemperie.
Memorias de dos jóvenes casadas.
Un diablillo con faldas.

EN DOS ACTOS.

El rey de los criados y acertar por carambola.
La hija de mi tio.
César, ó el perro del castillo.
Un pariente millonario.
Los soldados del rey de Roma.
La modista alferez.
Un avaro.
El lazo de Margarita.
El Guarda-bosque.
El diablo nocturno.
Un casamiento con la mano izquierda.
Un padre para mi amigo.
La protegida sin saberlo.
Una broma pesada.
El Corregidor de Madrid.
El caballero de Griñon.
Ni ella es ella, ni èl es él, ó el capitan Mendoza.
El robo de un hijo.
Los pasteles de Maria Michon.
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento.
—Las dos épocas, ó restauracion y terror.
Cuando quiere una muger!!

EN TRES ACTOS.

Mi vida por su dicha.
Un dia de libertad.
La Abadia de Penmarck.
El vivo retrato.
El diablo y la bruja.
Casarse á oscuras.
Deshonor por gratitud.
El novio de Buitrago.
El guante y el abanico.
Clara Harlow.
Uno de tantos bribones.
Julian el carpintero.
El zapatero de Lóndres.
Los templarios, ó la encomienda de Aviñon.
Reinar contra su gusto.
El tarambana.
Los mosqueteros de la Reina.
Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia.
Luchar contra el destino.
Una cura por homeopatia.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas.
—La boda y el testamento.
No ha de tocarse á la reina.

EN CUATRO ACTOS.

Jorge el armador.
La mano derecha y la mano izquierda.
El doctor negro.

EN CINCO ACTOS.

Fausto de Underwal.
Los prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre.
Las intrigas de una corte.
El agiotage ó el oficio de moda.
La hermana del carretero.
La Corona de Ferrara.
En la falta vá el castigo.
Las huérfanas de Amberes.
Las colegialas de Saint-Cyr.
—Páris el gitano.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio.
El diablo en Madrid.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeuxe.
La hija del Regente.
El castillo de S. Mauro.
Fuerte-Espada el aventurero.
La noche de S. Bartolomé de 1572.
El nudo Gordiano.
—Juana Grey.
La Alqueria de Bretaña.
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia.
Nunca el crímen queda oculto á la Justicia de Dios, 6 cuadros.
Los mosqueteros, id.
El pacto sangriento, ó la venganza corsa, id.
El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, id.
El médico negro, 7 cuadros.
El mercado de Londres, id.
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, en 9 cuadros.

ORIGINALES.

EN UN ACTO.

Perder el tiempo.
Un error de ortografia.
La joven y el zapatero.
La batalla de Clavijo.
Engaños por desengaños.
Una conspiracion.
Tanto por tanto, ó la capa roja.
Un casamiento por poderes.
Estudios históricos.
La posada de Currillo.
Dos y ninguno.
Juí que jembra.
Una actriz improvisada.
—Cosas del dia.
—El marinero, ó un matrimonio repentino.
José Maria, ó vida nueva.
La feria de Ronda.
De Cádiz al Puerto.
Es el demonio!!
El andaluz en el baile.
Un tio como otro cualquiera.
—El cautivo de Lepanto.
—El tio y el sobrino.
Ilusiones.
La cantinera.
La ley del embudo.
La Perla sevillana.

EN DOS ACTOS.

En la confianza está el peligro.
Si acabarán los enredos?
Juan de las Viñas.
Mateo el veterano.
El premio grande.
El hermano del artista.

EN TRES ACTOS.

El médico de su honra.
—Yo por vos y vos por otro!!
Los infantes de Carrion.
La reina Sibila.
Un motin contra Esquilache.
La ilusion ministerial.
Luchar contra el sino.
El coronel y el tambor.
El último amor.
Perder fortuna y privanza.
Hasta los muertos conspiran.

3 0112 127852512

No hay miel sin hiel.
A las máscaras en coche.
Con sangre el honor se venga.
El favorito y el Rey.
La cruz de la torre blanca.
El aventurero español.
La conquista de Murcia.
—El hombre azul.
El arquero y el Rey.
Desengaños de la vida.
El caudillo de Zamora.
Escarmientos y lecciones.

EN CUATRO ACTOS.

El trapero de Madrid.
Valentina Valentona.
A tal accion tal castigo.
El honor de un castellano y deber de una muger.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla.
Azares de una privanza.
El Peregrino.
El Pacto con Satanás.
Una noche en Venecia.
Amante y Caballero.
—El médico de un monarca.
—Padilla, ó la traicion de Villalar.

EN CINCO ACTOS.

—El desprecio agradecido.
—A cada paso un acaso, ó el caballero.
Amor y Patria.
Don Juan Pacheco.
La Calderona.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista.
Los dos Fóscaris.
Juan de Padilla, 6 cuadros.
La reina Margarita, en 6 actos.

NOTA. *Los títulos que tienen una rayita aun no están impresos, pero lo van siendo sucesivamente.*